

JAVIER GARCÍA

¡OH!
¡OAO!



¡OH!
¡JOAO!

JAVIER GARCÍA



Primera edición digital: Enero 2024
Título Original: ¡OH! ¡JOAO!
©Javier García, 2024
©Editorial Romantic Ediciones, 2024
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Romantic Ediciones
ISBN: 978-84-19545-71-8

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Lo que quiero es tu voz.

Úrsula (*La Sirenita*)

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)

CAPÍTULO 1

Os lo juro, mi vida cambió en una reunión de *tuppersex*.

Esta cuarentona y solterona que os habla, descubrió tarde el placer de disfrutar de la vida. Ahora, con la mente bien abierta, entiendo por qué en el trabajo me consideraban una *malfollá*. Tenían razón, lo estaba, era de las que gruñía cada vez que me pedían algo sin valor en la oficina. De hecho, el único que me hacía el favor de rascarme los bajos era el panadero de la calle Mayor, al que tras una sesión de *gin-tonics* y de regreso a casa, casi siempre me lo encontraba esperándome en la puerta de la panadería para enseñarme cómo de larga tenía su barra de pan. El hombre era bastante más mayor, pero tenía cierto atractivo. A estas alturas se me retuerce el estómago al recordarlo. Pero, en realidad, yo no estaba en la situación de poder elegir con quién acostarme. ¡Qué queréis que os diga! Me picaba mi amiga Pepita y el tipo se ofrecía con mucho gusto para aliviarme el hormigueo. A quién vamos a engañar, por muchas empanadillas que rellenara el hornero, mi mal carácter no cambiaba: los domingos encontraba un poco de relax, pero los lunes volvía a convertirme en una leona dentro de una jaula, dispuesta a pagar mi furia con cualquiera que se atreviera en adentrarse en mi despacho con la intención de tocarme los... papeles.

—¿Cuánto tiempo llevas sin follar? —me preguntó la descarada de Irene—. ¡Chica, no me mires así! Tienes cara de no haberte comido un colín en meses.

El bocado que le di al sándwich vegetal se me atragantó. Siempre fui una mujer muy recatada, hablar de sexo me ruborizaba. En cambio, mi amiga Irene era todo lo contrario a mí. En realidad, sentía una envidia sana hacia ella: estaba felizmente casada, tenía hijo e hija, y gozaba de una excelente salud sexual.

—No seas mojigata, puedes contestar sin tapujos. Nos conocemos desde que éramos unas niñas.

—¡Qué quieres que te responda! Ya sabes cuál es la respuesta.

—Chica, no lo entiendo. A tu edad, soltera, sin compromiso, y no te acucillas sobre el campo de nabos que tienes a tu alrededor.

—¡No seas mal hablada!

—¡Estás amargada, Pepa!

En cierto sentido Irene tenía razón, había permitido que el paso del tiempo tomara las riendas por mí misma. El no haber sabido dirigir mi vida, me puso en una delicada situación y no me di cuenta. Mi existencia se limitaba a trabajar, salir a comer, regresar al trabajo y, cuando llegaba a casa, leer libros que la mayoría de la gente consideraría ñoños. ¡La primera en la frente!

Me sumía en una idílica fantasía de la cual parecía no poder despertar. Siempre imaginé a un tío guapetón, tipo George Clooney, abrazándome y haciendo que levantara mi pie izquierdo al besarme.

—Puede que estés en lo cierto. Quizá sea un muermo que no sepa atraer a ningún tío.

Irene rio, me dio un manotazo en la pierna.

—¡No seas boba! Tú puedes zumbarte al que quieras, como cualquiera otra mujer. Pero en serio, ¿crees que te hace falta un hombre para disfrutar de ti misma?

No entendía lo que quería decir. Me encogí de hombros y pregunté:

—¿A qué te refieres?

Irene volvió a reír de forma más exagerada, cosa que me puso de los nervios. Nunca me ha gustado ser el centro de las bromas.

—Nena, seré directa. ¿Te masturbas?

La cuestión terminó por sacarme los colores. Me acaloré, dejé el bocadillo y pegué un largo trago a la botella de agua. No logré refrescarme, ni tampoco responder, por lo que ella soltó una carcajada.

—Chica, no es nada raro, ni del otro mundo. Yo lo hago cuando tengo ganas de sexo y Fede viene cansado del trabajo.

La confesión de mi amiga me ruborizó. Por algún motivo no me la imaginaba disfrutando sin su marido, un macizo de dos metros de alto y la espalda más ancha que el ropero del Ikea que tengo en casa. Envidia sana... ¡Ja!

—No me mires así, Pepa. No soy ninguna marciana, solo una mujer con necesidades. Tú también las tienes, aunque no quieras darte cuenta de ello.

En realidad tenía razón, me gustaba el sexo como a cualquier persona. Cuando llevaba tiempo sin echar el pertinente «polvito harinoso», se notaba en mi carácter.

—Una vez... —intenté narrarle una historia, pero me arrepentí y me callé.

—Una vez, ¿qué? —me interrogó Irene.

Volví a pegar un largo trago de agua antes de hablar. Me envalentoné y le solté mi experiencia.

—Una vez, hace ya unos años, me falló el panadero.

—¡Joder, chica! Tú y el puñetero *cuecepanes*...

A Irene nunca le gustó aquella relación.

—¿Continúo? —le pregunté para que dejara los reproches que tanto me dolían. Me hizo un gesto para que siguiera—. Cuando me faltó, estaba tan excitada que tuve que buscarme la vida por mí misma.

—¿Qué hiciste? O mejor, contesta: ¿con qué te lo hiciste?

«¿Con qué?», la pregunta me desconcertó. «¿Existen diferentes maneras?», pensé.

—¿Cómo lo voy a hacer? Pues acostada en la cama, con la luz apagada y mi dedo índice buscando lo que mi cita fallida no pudo.

—¡Qué rancia y sosa! —dijo Irene poniendo cara de incrédula.

—¿Qué? —pregunté.

—Pues que me parece la manera más poco original de que disfrutes de ti misma.

—¿Hay algún método o decálogo escrito que deba saber al respecto sobre la masturbación? —le inquirí con ironía.

—Pues sí, mojigata. Existe.

—Entonces, ya me contarás... —Y con esta petición de ayuda, empezó a cambiarme la vida.

Me aterraba la idea de acudir a una reunión donde las mujeres hablan de sexo. Me sentía muy insegura con el tema, pero no hubo forma de librarme de ello. Irene me convenció. Cuando llegamos al apartamento de Sofía, la chica que organizaba el encuentro, decidí pasar desapercibida. Tomé una estrategia: hablar solo en caso necesario y asentir cuando las demás lo hicieran. De poco me sirvió, porque la verdad, el grupo me tiró de la lengua y, al final, me tocó hablar por aquello de no parecer una gilipollas. Aunque en realidad me sentía así.

—Esta es mi décima sesión de *tupper* —dijo la anfitriona, intentando hacerme ver que era una experta en el tema.

Me hubiera gustado responder, no pude. La vergüenza puso en mis labios un peso de mil quinientos noventa y nueve kilos; ni un gramo más ni menos. Irene respondió por mí.

—Chicas, es la primera vez de Pepa. No seáis malas...

En ese momento las mujeres dejaron de ser personas, se convirtieron en un grupo de pavas que rieron, esto no me provocó tranquilidad. Se acercó hasta mí la más joven del grupo. Se presentó, su nombre era Pilar. Era bajita, sobre metro cincuenta y cinco a lo mucho, morena y con un cuerpazo de esos envidiables: «Seguro que es la típica que solo come ensaladas», fue mi primera impresión.

—No te preocupes, todas hemos tenido nuestra primera vez. ¿Verdad, nenas? —dijo con una sonrisa dulce, transmitiéndome empatía.

El hecho de ver a una niña a la que seguramente casi le doblaba la edad, intentando calmarme ante un estúpido juego sexual, me provocaba resquemor. «¿Qué he estado haciendo mal durante todo este tiempo?», pensé mientras me sentía una lerda, sentada en el sofá, esperando a que empezara de una puñetera vez aquel absurdo ritual.

En total éramos cinco mujeres reunidas: Sofía (la organizadora), Pilar (la jovencita risueña), Begoña (la que tenía más cara de puta; así, sin tapujos), Irene (mi despreciable amiga),

y yo, convertida en un jodido perro verde en aquel maldito lugar.

Me fastidió reconocer que Ana, la vendedora de todos aquellos aparatos sexuales, fuera una madurita tan explosiva. Si mi nombre hubiera sido Pepe en lugar de Pepa, la habría puntuado con un diez, la chica lo merecía: una bonita morenaza con un físico en el que destacaba una envidiable cintura. Pero no, Pepa no podía permitir darle la máxima puntuación y mi valoración final fue de un siete con noventa y nueve.

Ana abrió la maleta en la que guardaba el género que nos iba a mostrar. Me hizo gracia el título que había rotulado en ella: «Espaquete y Don Pollón»; se trataba de una burda copia en plan jocoso del anagrama del mítico programa infantil Barrio Sésamo. Cuando sacó el primer objeto mi sonrisa se convirtió en rubor.

—Nenas, ¿sabéis qué es? —preguntó Ana.

Cuatro mujeres rieron a carcajadas. Yo, sin embargo, no pude hacer otra cosa que apartar la vista de aquel enorme pene de plástico de color negro.

Irene me miró en plan graciosa. Por mi cara, supo que me sentía incómoda ante aquella situación.

—Yo diría que es el paquete de Joao, el muchacho senegalés de mi barrio —dijo Begoña riendo, a la vez que pidió ver de cerca el enorme miembro—. Sin duda alguna, por el tamaño, es su polla. —Volvió a reír de forma desmedida.

Si a primera vista Begoña me pareció un putón, aquella confesión daba razón a mi sospecha.

—¿Joao? —preguntó Pilar—. Serás guarra, no me habías dicho que te lo habías tirado. Eso no se le oculta a una amiga —le reprochó con picaresca.

—¿La tiene tan grande? —mi amiga se interesó en las proporciones del tal senegalés.

—O más... —afirmó Begoña, dibujando una medida con las manos, más propias a las de una barra de pan. ¡Maldita comparación!

No pude remediarlo y miré con sumo detalle el consolador. Me pareció físicamente imposible que algún hombre pudiera llevar tal aparato entre las piernas. Pero, aún me pareció más extraño pensar que una mujer lograba metérselo dentro de su intimidad. Creí que exageraba.

—¿No me creéis? ¿Queréis verla? —preguntó Begoña sacando su móvil del bolso.

—¿Has sido tan perra de sacarle una fotografía? —volvió a recriminarle su amiga Pilar.

—Sí, la hice sin que se diera cuenta, mientras se quedó sobado después del polvazo. Y no penséis mal, cabronas, lo hice para un momento así, para que veáis que soy totalmente sincera.

La primera que cogió el móvil fue la joven Pilar. Sus ojos y su boca, abiertos de par en par, lo dijeron todo. La imagen pasó por todas y cada una de nosotras. Yo fui la última en observar aquella aberración.

«¡No hace falta ni hacerle *zoom!*», dijo alguna mientras yo seguía impactada por la

estampa. Me equivoqué rotundamente, sí que podía ser cierto que un hombre caminara con semejante bate de béisbol entre las piernas.

Tras dejar a un lado la anécdota de Joao, Ana sacó varios consoladores y, aunque había de diferentes tamaños, colores y formas, ninguno provocó tanto asombro como el africano. Sin embargo, hubo uno que a mí sí me resultó curioso. Era mediano comparado con el resto, de color rosado. Sus estrías y distintas formas en su base fue lo que me llamó la curiosidad. No me atreví a preguntar, solo tenía ganas de que pasara la sesión y de llegar a casa.

—Yo tengo unas iguales —dijo Sofía sosteniendo unas bolas en las manos.

«¿Qué es eso?», me pregunté yo misma, esperando que algún comentario me sacara de dudas.

—¿Son anales o vaginales? —curioseó Irene.

Definitivamente, aquella cuestión resolvió mi curiosidad. No sabía que mi amiga estuviera tan metida en el mundo de los juguetes sexuales. Me llevé una enorme sorpresa al ver que sabía de todo eso mucho más de lo que yo imaginaba.

—Este modelo es vaginal —explicó Ana con una sonrisa.

—¿Qué diferencia hay?

«¡Coño! No puede ser que yo haya soltado la pregunta en voz alta», pensé mientras empezaba a notar quemazón en mi cara. Me puse colorada. Después de mi pensamiento, solo escuché risas excesivas. La cagué.

Ana me explicó con mucha complicidad:

—Las anales están hechas con bolitas de diversos tamaños, de menor a mayor. Así puedes ir jugando con la intensidad.

—¿Cómo si fueran diferentes niveles? —menuda chorrada de pregunta hice. Volví a escuchar risitas, ya me estaba cansando de ellas.

—Exacto. No todas soportamos el mismo tamaño en nuestro culo. Aunque seguro que hay alguna mujer que estas se las mete todas por atrás —dijo mostrando un hilo en el que se ubicaban unas bolas como nueces.

—¡Y alguno también! ¡Que hay mucho *gay* suelto! —dijo alguien mientras el resto estallaba entre risas.

En mi vida jamás había pensado que alguien pudiera sentir placer metiéndose cosas por el chiquito. Me resultó repulsivo imaginarlo y no tardé en hacer una mueca de asco.

—Dicen que el sexo anal puede ser más placentero que el vaginal —dijo Ana—. ¿Alguna de vosotras lo ha hecho? —preguntó.

Me sorprendió, creí que la putita de la reunión iba a levantar la mano, pero me equivoqué. Su respuesta me hizo replantearme llamarla con ese mote.

—Yo nunca, y jamás lo haré. Los agujeros de salida son para eso, para vaciar —

respondió Begoña.

Pilar levantó la mano. Pareció sentirse un poco ofendida por la respuesta de Begoña e intentó defender tal práctica.

—Porque no lo has probado, guapita.

—¿En serio lo haces? —volví a preguntar. Ojalá me hubiera cosido la boca al salir de casa.

—Sí, y no me mires así. —Creo que hice algún gesto de desprecio—. Puede parecerme una cochinado, pero te aseguro que yo soy muy limpia y disfruto haciéndolo.

—No, no quise decir nada malo... —me excusé, pero, en realidad me resultaba repugnante la idea—; cada una hace con su cuerpo lo que le place —intenté no causar polémica.

Tuve que reconocerlo. Aunque en un principio percibí un enorme pudor, la velada resultó interesante. Irene estuvo en lo cierto, la compañía del resto de chicas fue muy agradable, un detalle que mi autoestima agradeció.

La maleta de Ana me sorprendió por su variado contenido: vibradores, bolas, lubricantes, esposas... Me sentí anticuada y, a su vez, fascinada por ver al resto de compañeras sonreír y gritar al tener aquellas cosas entre las manos. No quiero ni imaginar cómo se sentirán al poseerlas entre sus piernas. Eso me dio para pensar. Deduje que igual me estaba perdiendo algo que aquellas otras mujeres habían encontrado mucho antes que yo. Así que me decidí y, cuando llegó la hora de hacer las compras, le pedí a Ana que me diera un consolador para principiantes. «Que no se te olvide lubricarlo bien», me recomendó mientras me regalaba un pequeño muestrario de gel íntimo y placentero.

Ya, en el coche y de camino a casa, tuve que confesarme con Irene.

—¿Realmente son tan buenos estos aparatos? —le pregunté.

Por lo visto, fue la noche de las preguntas estúpidas. La risa de Irene dejó en un segundo plano la música que sonaba por la radio.

—Pruébalo y mañana me dices —me sugirió.

—No creas que voy a utilizarlo —le dije—. Lo he comprado por eso de la compra mínima y tener un detalle.

—Claro, por eso te has gastado ochenta euros —me respondió con una sonrisilla estúpida.

Se libró porque habíamos llegado a su casa y tenía el coche detenido, pero pensé en reanudar la marcha y tirarla fuera de una patada. Cuando entró por el portal, no pude evitar sonreír al comprobar lo guarrilla que es Irene. ¡Se compró el pene negro de Joao!

La culpa fue del tercer *gin-tonic*. Bueno, para qué mentir. También es verdad que el

guaperas depilado y musculoso de la película que estaba viendo fue el responsable. Llegué temprano a casa y me atrincheré en el salón. Mi nuevo juguete todavía estaba empaquetado, guardado en el bolso. Sentí curiosidad por verlo de cerca. Fui hasta la cocina para coger unas tijeras. El envoltorio que cubría el consolador era de plástico duro. Me deshice de él con tanta rabia que, al hacerlo, no me di cuenta de que me quedé con el pene de goma entre las manos. Me asusté y casi se me cayó al suelo. Lo agarré con delicadeza y me senté en el sofá. Su tacto era suave, goma blanda. Lo dejé en mi regazo como el que deja ahí un bol de palomitas. Busqué las instrucciones, soy de esa clase de persona que suele leer los manuales. Me alegré al ver el símbolo de la Comunidad Europea, al menos el dinero estaba bien invertido.

«Limpiar muy bien antes de usar...», eso estaba claro, no me lo iba a meter conforme venía de fábrica. ¿Dije meter? Por lo visto, la otra Pepa, la salida, ya lo había decidido sin consultarme. «Lubricar el aparato en abundancia». Sí, eso ya me lo recomendó Ana. «Cargar la batería antes del primer uso, durante ocho horas». ¿Ocho horas? ¡No podía ser! Ya había decidido que iba a usarlo y las jodidas instrucciones querían quitarme la primera noche de placer con mi nuevo amante. Desde luego no lo permití, quise usarlo con o sin pila (¿Esta palabra estará relacionada con pilila? ¡Pensamiento absurdo y desechable!).

Visité el dormitorio. Allí me puse la ropa más cómoda, el pijama. No demoré en regresar al sofá, con la esperanza de ver una vez más el torso desnudo del famoso de Hollywood. Tuve suerte, no tardé en apreciar sus hermosos pectorales. Empecé a acariciarme, como solía hacer cada vez que buscaba autosatisfacción. Puse mi mano bajo el pantalón y encontré la zona prohibida. Comencé a tocarme por encima de las braguitas, sobre la tela. Todo muy despacio, poco a poco, hasta humedecer bien a mi prima hermana, Pepita. Lo logré. Mejor dicho, lo logró el macizo de la tele. Noté que estaba a punto cuando sentí cosquillas sobre mis pezones; siendo sincera, tengo una imaginación que es divina.

Me deshice de los pantalones y, después, de mi ropa interior. Cogí con firmeza el vibrador y, de forma estúpida, musité el nombre de «Joao». Sin quererlo, bauticé a mi nuevo amante, aunque sus dimensiones no tenían nada que ver con las del senegalés. Lubiqué con delicadeza todos los rincones del aparato. Luego, usé aceite para el cuerpo en mi vagina. Fue increíble notar el abultamiento de mi vulva. No me quité la parte superior, tenía frío. Pero sí me deshice del sostén y acaricié mis pechos antes de empezar. «Adelante», me dije a la vez que introduje a Joao en mi sexo.

«Diosssssssssssss», noté el vibrador acariciando cada rincón de mi interior. Empecé a moverlo, despacio, lentamente. Disfrutaba con cada sacudida, hasta que me di cuenta de que no lo había enchufado. «¿Tendrá batería?», pensé con la esperanza de que tal vez sí. Le di al botón de *On* y la fiera empezó a rugir.

¿Qué es lo que sentí? La verdad, no podría explicarlo, pero la sensación fue como si

tuviera dentro de mí al panadero, pero multiplicado por mil. Fuerte. Una experiencia brutal es lo que aprecié, a la vez que no pude dejar de menearlo, mientras el guapo de la pantalla me miraba sonriente, como si se estuviera encargando él de hacerme vibrar. En cierto modo sí que lo estaba haciendo. Me excitó. Mientras yo estaba con ese trozo de goma entre mis piernas, visitando el paraíso.

En cierto momento di un gritito, desperté la bestia que se ocultaba dentro de mí. Empecé a mover el vibrador con más rapidez, acelerando poco a poco mis agitaciones, hasta que creí que iba a mojar el sofá. Ni lo pensé, continué. Justo cuando a punto estuve de sentir la lluvia, Joao dejó de rugir. ¡Se quedó sin batería! No me importó y, aunque sin pilas no era lo mismo, continué hasta el final.

Me perdí en un cúmulo de espasmos, jadeos y gemidos. Yo sola tuve un orgasmo que jamás antes había vivido. Joao y el tipo de la televisión fueron los encargados de despertar al animal que tenía dormido dentro de mí. ¡Sin darme cuenta, resultó mi primer trío! Tirada en el sofá, mojada, con las bragas fuera de su sitio y las piernas bien abiertas, supe que la gatita había despertado.

CAPÍTULO 2

Lo recuerdo perfectamente, era domingo. Me levanté más tarde de lo normal y, lo primero que hice, fue mirarme en el espejo. Increíble, vi una sonrisa en mi rostro, bastante raro en mí a esas horas, la verdad.

Antes de desayunar regresé a la habitación para adecentarla. Allí me lo encontré. El amante perfecto, callado y muy placentero. Estaba sobre mi cama mostrando su desnudez de goma. Fue inevitable recordar los numerosos orgasmos que me hizo alcanzar la noche pasada, jamás en la vida había vivido algo parecido. Me acerqué hasta él con intención de guardar mi tesoro. Lo hice, lo puse a buen recaudo en el cajón de la mesilla de noche, en el mismo sitio donde suelo guardar mi ropa interior. Lo ubiqué justo al final, bien resguardado y cubierto por varias braguitas, para que no se viera.

Al acudir a la cocina para prepararme el desayuno, me fijé en la lista de la compra que estaba pegada en la puerta. Cogí un bolígrafo e hice una anotación: «Paquete de pilas recargables». Mi nuevo amigo se merecía un extra de energía, no quise volver a sentir que sus fuerzas flaqueaban justo cuando yo más lo necesitaba.

Por la mañana siempre me gusta llevarme algo dulce a los labios, a ser posible chocolate, pero esa vez no me hizo falta. Me sentí saciada y solo me tomé una buena taza de café. Sonó el teléfono de casa y, antes de darle al botón para descolgar, me di cuenta de que se trataba de Irene. Acepté la llamada.

—Buenos *díaaaassss*... —lo dije arrastrando la *ese*, en un tono muy placentero. No pude evitarlo.

Escuché cómo mi mejor amiga soltó una carcajada.

—¿De qué ríes? —pregunté algo ofendida.

—Te has levantado con *gomitis* —dijo Irene divertida.

—¿Cómo?

—No te hagas la tonta, Pepa. Ahora me dirás que no has usado el consolador.

«Consolador», pensé al escuchar la palabra. No me gustaba nada esa expresión. Yo prefería llamarlo amante. Además, ya le había bautizado con un nombre masculino. No, definitivamente no podía permitir que la tonta de Irene hablará así de él.

—¡Qué bruta eres, *jodía*! —dije mientras mi amiga no paraba de desternillarse—. Sí, ayer estuve con Joao...

«¿He dicho Joao? ¿Lo he mencionado por su nombre? En realidad creo que empiezo a delirar y puede que la puta de Irene tenga razón. «¿Serán los primeros síntomas de la *gomitis*?»,

medité.

—¿Le has puesto nombre? —Irene cambió las risitas por un tono de sorpresa—. Tía, estás muy loca.

No supe qué decir, así que empecé a reír y le conté mi experiencia.

—Tenías razón, es genial todo lo que he descubierto sobre mi yo más íntimo. Tendrías que ver la sonrisa tonta que tengo hoy.

Pude escuchar la voz del marido de Irene interrumpiendo nuestra conversación.

—¡Quiero saberlo todo, con detalles! —me dijo ella—. Ahora no puedo hablar. Te llamaré después.

—Quedamos la semana que viene y te contaré —le dije.

Antes de colgar escuché la despedida de la que se supone que es mi mejor amiga. «Saluda a Joao de mi parte», dijo riendo de forma muy exagerada. Sí, era la más especial de mis amistades, pero no dejaba de ser un putón muy cariñoso.

Lunes, nueve de la mañana, justo delante de la máquina de café que hay donde trabajo. El inusual carmín de color rojo en mis labios decía que algo extraño sucedía en mí.

—Te encuentro extraña, Pepa —dijo Rosario, mi compañera del Departamento de Administración.

—Será la nueva barra de labios —le dije con una amplia sonrisa.

Rosario se fijó en mi boca. Luego me ojeó de arriba abajo. Pareció desconcertada.

—¿Qué? —pregunté al ver en su cara un gesto de desaprobación.

—Nada... —Cogió su habitual café sin azúcar y se marchó sin decirme nada al respecto.

Me miré en uno de los espejos de la recepción, entonces me di cuenta. «Demasiado rojo pasión», pensé mientras con una toallita me limpié los labios.

Aún no me había terminado la bebida y vi llegar a Arturo, uno de los vendedores de la empresa. Es un tío más joven que yo, bastante pegajoso y zalamero con los jefes. Me gusta cómo suele vestir, elegante y moderno. Con seguridad, tras la camisa de marca se esconde un trabajado torso de gimnasio. No puedo evitar mirarle a los ojos, es muy guapetón. Lo reconozco, me atrae su físico, pero no su carácter de rastro. He discutido con él muchas veces por culpa de sus clientes. Yo ya paso de él, es un caso perdido.

—Te noto diferente, Pepa.

«Otro que me viene con el mismo cuento», me dije a mí misma mientras daba el último trago.

—¿Te has cambiado de peinado? Estás guapa... —dijo sin llegar a terminar la frase.

¡Eso sí era una novedad! ¿Que estaba preciosa? Mi sesera no guardaba ningún registro de

un piropo parecido. Me sonrojé y respondí con una estúpida mentira.

—Sí —le dije mientras me acicalaba el pelo y huía de allí con rapidez y bastante sorprendida.

Una vez llegué a mi despacho, tras haberle dado al botón de encendido del ordenador, sonreí al recordar el cumplido de Arturo. «¿Cuándo fue la última vez que visité la peluquería?». Intenté recordar y me asusté. Quise creer que no pagué, por aquel entonces, con pesetas. «Es hora de ir a la *pelu*», decidí antes de teclear la contraseña y empezar mi jornada de trabajo.

La mañana del lunes fue un tanto extraña. Recibí más sonrisas de lo que estaba acostumbrada. Aprendí a responder de la misma manera. Cuando veía que alguien me dedicaba un agradable gesto, yo levantaba una mueca sonriente. Jamás tuve un primer día de semana tan placentero. No me sentí ninguneada, esa era la sensación que tenía en la oficina desde hacía muchos años; demasiados.

Pero en realidad, lo que resultó extraño del todo, fue la sensación que me poseía. Mi cuerpo ardía desde la misma entrada a Venus. Las vivencias del fin de semana con Joao, entre mis piernas, me causaron un exceso de calor. Recuerdo que, en un momento dado, al verme jadeando como en las escenas de sexo en las películas románticas, suspiré. Luego, la exhalación se convirtió en humedad. Y la humedad, en deseo por terminar cuanto antes de trabajar y llegar a casa para reencontrarme con el placer de sentirme bien y a gusto conmigo misma. El anhelo provocó que la jornada se alargara más de la cuenta, pero no me desesperé. Sabía que mi amigo me esperaba, no tenía manos para poder abrir el cajón donde lo guardé, ni tampoco pies para salir corriendo.

Creo que fue el jueves. Podría jurar que ahí fue justo cuando me di cuenta de que lo mío se estaba convirtiendo en obsesión. Mi rutina diaria cambió desde que Joao convivía conmigo. Por las noches me acostaba más tarde de lo normal, practicando con él ciertos juegos que durante el día pensaba. Me arreglaba, intentaba ponerme sexy y disfrutar del momento... vaya si lo disfrutaba. Ya ni me hacía falta hacer caso a las recomendaciones de Ana, mi sexo se lubricaba de forma autónoma con solo pensar tocándome.

Sí, fue el jueves cuando quedé con Irene para tomar café y se lo reconocí: «Creo que soy ninfómana», mi confesión se arrojó en las risas de mi amiga.

—No eres tal persona, solo que te has desenmascarado y disfrutas de tu cuerpo —intentó sacarme de dudas al verme un tanto perdida.

La respuesta de mi amiga me tranquilizó. Por lo visto, el hecho de que todas las noches mi habitación oliera a goma quemada era normal, estaba dentro de la etapa de «Descubriéndose a una misma», epígrafe: «El placer». Mi puto cuerpo era un documental y yo sin enterarme.

Pasaron las semanas y no tardé en apreciar la monotonía que suponía seguir jugando a solas con Joao. Por mucha imaginación que le pudiera echar, siempre resultaba lo mismo. Y, aunque yo seguía disfrutando con todos esos momentos, el entusiasmo fue desapareciendo poco a poco, por lo aburrido que solía ser la tarea. Cierta día descubrí Internet y comprobé que la vida no giraba solo en torno a mi amigo de goma. Conocí a las chinas y le fui infiel con ellas... ¡Dios bendiga los placeres prohibidos de la red!

La primera vez con las bolas fue muy especial y emocionante. Fue mi primer pedido a una página web de productos eróticos: «Cómete la manzana». Me decidí por este sitio por su política: «El mejor servicio, una excelente garantía de privacidad y el superior orgasmo que pueda imaginar». No lo dudé, me entusiasmó la idea de probar las esferas vaginales, así que las añadí al carrito de la compra. Todo muy sencillo.

A los pocos días sonó el timbre de casa. Al mirar por la mirilla vi a un repartidor de mensajería urgente. Abrí la puerta y me encontré con un hombre de unos treinta y tantos largos años. Estatura media, con el pelo bastante largo y tan negro como el carbón. Me resultó curiosa la barba de un par de días sin afeitar.

—¿Doña José Francisca Gómez Tejero? —preguntó el hombre.

Me fastidiaba un montón que me llamaran por mi nombre al completo, siempre fue una cosa que les reproché a mis padres, la absurda tradición familiar.

—Menudo nombre más feo... —dijo, pero no le dejé terminar la frase.

—Métete en tus asuntos —le contesté con malos modales.

El repartidor me pareció un cretino desde el mismo momento en que abrió la boca, pero mi actitud no le amedrantó.

—Este paquete —lo señaló— es mi asunto, y tengo que entregárselo en persona a doña José Francisca Gómez Tejero —acentuó la pronunciación mofándose—. ¿Es usted?

—No te hagas el gracioso y dámelo —le ordené.

—Repito por si está sorda. ¿Es usted doña José Francisca? —volvió a preguntar en tono guasón, remarcando mi nombrecito—. ¿Sí o no?

—¡Cómo vuelvas a mentarme te comes el paquete! —le grité histérica.

—¡Tranquilícese, señora! Que a su edad no son buenos los sofocos. —Dibujó una sonrisa estúpida en su cara.

El cerdo logró enfadarme. Podría haber cerrado la puerta y haberme negado a seguir el juego del necio, pero opté por entregarle mi Documento Nacional de Identidad para que me entregara el paquete y se largara de una puñetera vez. Firmé en el dispositivo electrónico que llevaba el mensajero y, antes de que desapareciera de mi vista, le pregunté su nombre.

—¿Cómo te llamas?

—¿Me vas a invitar a cenar, preciosa? —me dijo el descarado.

—Ni en tus sueños, borrego —le contesté con desprecio—. Solo quiero asegurarme de que no vuelvas a pisar esta casa.

La amenaza pareció no asustarle. Al contrario, mostró una sonrisa. Se acercó hasta mí y, sin esperármelo, me dio un pico en los labios.

—Carlos Redondo Ortiz. Ahora ya puedes denunciarme con motivos, preciosa.

La sorpresa me dejó paralizada, no pude reaccionar ante la actitud de aquel hombre tan cretino. Vi cómo se echó la mano a la gorra intentando imitar una reverencia. Luego, se marchó con paso ligero silbando el estribillo de una canción; juraría que fue *don't worry be happy*.

Estupefacta por la actitud de aquel individuo, cerré la puerta con el paquete entre las manos. Ni siquiera miré el remitente, sabía lo que era. Lo esperaba desde hacía unos días con ansia.

¡Oh! ¡Dios! Cuando vi las bolas desempaquetadas creí que me había vuelto loca. «¿Cómo voy a ponerme *to* eso ahí dentro?», pensé mientras las sostenía, inspeccionándolas por todos los rincones. Eché mano a las instrucciones. Las leí con detenimiento y volví a percatarme de nuevo que iba a necesitar lubricante. Era la primera vez, así que me puse cómoda e hice caso a las indicaciones.

Las bolas que componían el juguete tenían diversos tamaños. Las más pequeñas parecían fáciles de colocar, pero las más grandes daban miedo. «¿Adelante?», me pregunté en silencio, tumbada sobre la cama y con todas las piezas embadurnadas de vaselina. Respiré profundo, con mis dedos en el sexo, y empecé a contar: «Uno... dos... tres... cuatroooooo»; la sensación fue maravillosa. Notar las esferas bailar dentro de mí, aún lo fue más. Sonreí, aunque me supo mal por Joao. He de reconocerlo, disfruté más con mis nuevas amigas, las chinas, que con él. Solo esperaba que Joao no fuera un rencoroso, mi intención no era dejarlo en el olvido.

CAPÍTULO 3

Soy una mujer friolera, de las que duerme en pleno verano con un par de finas sábanas cubriéndome el cuerpo, sin importarme el calor que haga. Y, aunque todavía no estábamos en primavera, ya había empezado a sentir las altas temperaturas en mi cuerpo. No era típico en mí quejarme sobre este asunto, pero tampoco me gustaban las bromas de Irene al respecto: «Igual es la menopausia, Pepa». Jamás soporté las burlas sobre mi físico, siempre he tenido la autoestima por los suelos. El caso es que, la elevada temperatura me provocó un importante cambio en mi rutina, me sentía con ganas de divertirme. Al salir del trabajo llamé a Irene para ir a tomar algo frío y relajarme. «¿Te olvidas de que estoy casada y tengo vida familiar? No puedo escaparme siempre que quieras», me reprochó al no lograr evadirse de su atareada existencia.

Esa tarde ella no pudo venir conmigo. Me dio lo mismo, seguía con mis calores y no me gustó la idea de encerrarme en casa tan pronto. Así que fui sola a parar a una de las terrazas que más le gustaban a mi amiga, en el centro de la ciudad. Allí solía congregarse mucha juventud, por eso era el lugar preferido de Irene, a quien le encantaba mirar y disfrutar de los *yogurines*. Yo nunca me fijé en ellos y, aunque es verdad que los jóvenes de hoy en día se cuidan mucho más que los de antes, nunca me imaginé arrancándoles la camiseta. Pero esa vez hizo calor, excesiva, la Coca Cola Zero de mi vaso no consiguió aliviarme la horrible sensación de sentirme quemada.

No pude evitar dirigir la mirada hacia la mesa que estaba situada frente de la mía. Había tres chicos tomando unas cervezas, a la vez que reían. Mi mirada se cruzó con la de uno de ellos, parecía no estar atento al debate que sus dos amigos mantenían apasionadamente. En un primer momento, por vergüenza, aparte la vista de él. Luego, sin poder remediarlo, le volví a mirar. Me pareció muy guapo, con un físico normal y una cabellera morena. ¡Dios, me descontrolo con los morenos! En cuanto a hombres siempre han sido mi predilección.

Nuestras miradas se volvieron a encontrar. Esta vez no cedí, quedamos unidos por un hilo invisible. Tras unos segundos, el joven abrió su boca para sonreír y mostrar su blanca y perfecta dentadura. ¡Ufff! Si hubiera estado de pie en lugar de sentada, fijo que mis bragas se habrían caído al suelo. No hice ningún esfuerzo por devolverle la sonrisa, fue una reacción automática.

En ese instante me sentí atractiva, seductora, por lo que decidí jugar con él desde la distancia. Cogí una de las aceitunas que sirvieron con la bebida. La puse despacio sobre mi boca. La aprisioné y jugué con ella, moviéndola de un lado a otro. Cuando creí que ya me había divertido lo suficiente, le pegué un bocado lento, la partí en dos mitades. Luego, sin más, me la comí.

Poco después, sus amigos se levantaron. Entonces sucedió algo que pateó mi orgullo: el joven se puso unas enormes gafas de sol y se levantó ayudado por un bastón. Mientras sus colegas le quitaban las sillas de su camino, comprobé que el muchacho era ciego. «¡En ningún momento me ha mirado!», pensé afligida al sentirme una estúpida por culpa de mi imaginación.

Le pegué un largo trago al refresco y maldije en ese momento que no fuera una bebida alcohólica para poder ahogar mis penas. El invidente se detuvo justo cuando pasó por mi lado. «¿Sabes? Los ciegos tenemos un sexto sentido para apreciar la belleza; tú eres una mujer bonita», dijo con una sonrisa aún mucho más preciosa que esos enormes ojos que poco antes miraban hacia ningún sitio en concreto. «A veces, hasta un cerdo ciego encuentra una bellota deliciosa», afirmó a la vez que retomaba su camino y el báculo lo guiaba hacia la salida del local. No pude decir nada, me quedé asombrada al escucharlo; me contagié con su belleza, tanto interior como exterior. Después, me quedé mirando cómo el joven marchaba con paso firme. Desde atrás nadie podría haber dicho que aquel muchacho no era capaz de ver. ¿He mencionado que tenía un culo perfecto? Lo tenía, y estaba tan prieto que seguro que podría partir nueces con él. Sí, ese fue el último detalle en el que me fijé hasta que desapareció de mi vista; y el primero que recordé cuando llegué a mi casa. Lo que siguió a continuación, sobre mi cama, tan solo fue un placentero capricho de mi imaginación y de la piel artificial de Joao. El orgasmo que tuve sí fue real y visible, o al menos eso dijeron las sábanas mojadas.

Si hay una cosa que me asombra de todo lo ocurrido desde que descubrí mi sexo, fue la facilidad con la que empecé a cambiar mi vida. Las pequeñeces diarias que hice, poco a poco, fortalecieron mi seguridad. Comprobé que una sonrisa era capaz de mover un mundo; que si esa expresión, alegre, procedía de una mujer inteligente, podía llegar a menear «¡Hasta el infinito y más allá!».

Las jornadas de trabajo empezaron a convertirse en interesantes. Ya no todo dependía de números, llamadas, ni de *e-mails*. ¡Qué va! Desnudé a la Pepa interesante, le bajé las calzas y mis compañeros me dejaron acercarme a ellos. De ese modo, el trabajo se pasaba rápido. Una pena no haberme descubierto antes. Lamentablemente, considero que fui una amargada durante mucho tiempo. Demasiado.

—No imaginaba que tuvieras ese sentido del humor, eres una cachonda, Pepa —dijo riendo mi compañero Esteban mientras tomábamos un café.

«¡Cachonda!». Esa palabra para mí solo significaba una cosa: «Excitada sexualmente». Y, en realidad, en ese momento no lo estaba, pues Esteban no me atraía nada. Aunque no era feo, siempre lo consideré como el loco de la empresa. Quizá sea por el hecho de que se pasaba más tiempo entre ordenadores y maquinitas digitales que con cualquier otra persona de la oficina, y

dice a todo que sí, sin apartar la vista del monitor. Yo jamás podría haber sido informática, nunca se me dieron bien las tecnologías. Cada vez que entro a Internet para comprar uno de mis nuevos amigos, me vuelvo loca. Por cierto, en un lapsus y, tras considerar que mi compañero no me excitaba, recordé que en apenas unos días tenía que llegarme un insólito juguete: «Relaje su pelvis. Suba y cabalgue hasta encontrar el placer», se anunciaba. ¡Pensar en ello, sí que me ponía!

Durante nuestra conversación me di cuenta cómo Esteban me miró el escote. La ropa, ese también fue otro gran descubrimiento. Antes de mi gran cambio, Irene solía decirme: «Hay que ver, con las enormes tetas que tienes y no sabes aprovecharlas». ¡Ahora le doy la razón! Me agrada eso de sugerir, pero sin mostrar. Tiene sus beneficios. Al parecer, a mi compañero también pareció gustarle la blusa que vestía en esa ocasión. Tras terminar su café, se envalentonó y empezó a *flirtear* (esta palabreja también era nueva para mí y no tardé en incorporarla a mi vocabulario para estar a la moda) conmigo.

—¿Vas a hacer algo al salir del trabajo? —me preguntó él.

En realidad no tenía nada. Bueno, eso no era cierto del todo; si el paquete que estaba esperando había llegado, entonces sí que tenía planes para esa tarde y para el resto de semana; y eso que aún estábamos a miércoles.

—Espero visita —le dije con la intención de quitármelo de encima.

—Quizá otro día podamos tomar una cerveza —dijo tirando el vaso vacío a la papelería. Luego se marchó a su puesto de trabajo.

«¡Ni de coña!», me dije mientras seleccionaba en la máquina de café un cortado; estaba claro que el excéntrico de Esteban, aunque se había mostrado muy lanzado, jamás haría un *insert coin* en la raja de mi monedero.

Acababa de salir de la ducha justo cuando sonó el timbre. Al mirar en la pantalla del portero automático sentí un cúmulo de sensaciones contradictorias. En un principio fue alegría, pues comprobé que mi nuevo entretenimiento había llegado. Después, mi entusiasmo se esfumó al ver que el repartidor era el mismo gilipollas que, días atrás, me trajo a mis queridas amigas chinas. El tal Carlos que me alteró los nervios y se atrevió a besarme. Respecto a su osadía tengo que decir una cosa, el simple beso que me dio no me dejó indiferente, pensé en él después del encontronazo. Tuvo su punto interesante. No os voy a engañar, no estaba mal: un tío con cierto aspecto macarra de los años noventa. ¡Dios, los noventa y Dylan McKay!

Abrí la puerta. Esperé allí plantada a que subiera, dejara mi paquete y se marchara lo más rápido posible. Pero cuando se puso delante de mi vista, pude comprobar que aquel hombre mantenía el mismo nivel de estupidez que la primera vez que lo vi.

—Traigo un paquete para doña José Francisca Gómez Tejero...

El muy cerdo supo volver a tocar esa fibra que me pone agresiva, la que empecé a dejar aparcada para convertirme en alguien más simpática y sociable, pero con este individuo era imposible controlarme.

Miré su identificación que colgaba del bolsillo de la camisa y leí su apellido.

—¡Anda! Si eres de apellido «Redondo», como la cara de gorrino que tienes bajo la gorra.

—¿Te han dicho alguna vez que derrochas simpatía por el culo?

—¿Y a ti no te ha dicho ningún cliente que eres un borde?

—Sí, pero también tengo mi corazoncito —dijo poniendo su mano derecha sobre el pecho—. Aunque no tan amargado como el tuyo.

«¿Amargada yo?», pensé. Por lo visto, el estúpido creyó tener licencia para ir ofendiendo a la gente. En mi caso no lo consentí. Cogí el bulto que portaba en sus manos y cerré la puerta en sus narices.

Sonó el timbre, pero no abrí la puerta. Volvió a hacerlo una segunda vez. El mensajero, tras comprobar que no estaba dispuesta a abrir, desistió y se marchó sin que yo le firmara el albarán de entrega. «¡Jódete!», dije en voz alta mientras me senté en el sofá.

Relajada, con el paquete entre las manos; estaba entusiasmada con mi nueva compra, pero tampoco me volví loca en desenvolverlo con prisa. Lo hice con paciencia. Busqué unas tijeras y corté el envoltorio exterior. Ni me preocupé en mirar el albarán. Tras quitar la primera capa de papel, apareció una nueva. No me puse nerviosa, volví a usar las tijeras para librarme del embalaje y poder disfrutar de mi nuevo amigo, un muñeco de goma con dimensiones reales. Bueno, creo que no tan reales, porque cuando lo compré por internet, el miembro que debía darme placer me pareció descomunal. Ese detalle me hizo dudar en adquirirlo, pero al final lo hice. Desde que confirmé la compra, apenas unos días antes, no pude parar en pensar en cómo me lo iba a montar con Jacks (así se llamaba en la publicidad), un hombretón hinchable; pensé en diversas opciones, pero no tardé en darme cuenta de que todas ellas quizá resultaban incómodas, así que decidí que sería de la forma más típica: «Operación Misionero de Goma», lo tuve claro. Tampoco era plan de montar a mi hombre soplando a través de un orificio y luego subirme sobre él, sin más. No, no iba ser así; antes de eso me daría un baño con paciencia y delicadeza. Luego, vestiría mi intimidad con las mejores galas, cubriendo mis piernas con unas delicadas medias a juego con la braguita y el sujetador. «Espero que cuando me vea no se derrita», reí de forma malvada pensando en el material que estaba fabricado Jacks.

Antes de poder acicalarme en un bonito aquelarre, apareció el problema: «¿Pero qué mierda es esta?», grité cuando logré deshacerme de todo el envoltorio del paquete. Fue una putada en toda regla y, aunque sabía que ese no era mi pedido, leí en voz alta el texto de la caja:

«Magefesa, batidora-licuadora». «¡No me jodas!», exclamé desesperada buscando algún papel que me confirmara que ese envío no era para mí. Lo encontré y estaba roto por diversas partes. Me dijo lo que yo ya sabía, no era gilipollas: «Entregar a: Verónica Feliu Madueño»; mi gozo en un pozo.

Desesperada por el plantón imprevisto de Jacks, llamé con urgencia a la empresa de mensajería. Ahora sí me encontraba nerviosa: estaba excitada y con una batidora multifunción entre mis manos. La guardé con rapidez antes de que pudiera cometer alguna tontería con ella.

Tras llamar al servicio de paquetería, tuve que resignarme a esperar para utilizar mi juguete en otra ocasión. Pese a que el error había sido de ellos, iba a ser imposible entregármelo ese mismo día. Con mis planes rotos, me acerqué hasta el frigorífico para echarme algo en la boca. El interior de la nevera estaba prácticamente vacío: un par de huevos, algo de charcutería dentro de una pequeña fiambreira y un par de *briks* de leche entera. Se me antojó preparar una tortilla para la cena. Cuando abrí el cajón para coger un calabacín, comprobé que tan solo había un par de cebollas tiernas que lloraban por salir de una vez por todas de aquel frío y maldito lugar. En realidad no sé cómo son los antojos de una mujer embarazada, pero juraría que en ese mismo instante yo tuve uno, de los gordos: comerme una jugosa tortilla de calabacín, como solía hacerla mi abuela.

En realidad soy una maniática, cuando se me pasa una idea por la cabeza, no paro hasta cumplirla. Eran las siete y media de la tarde. Aunque estaba a punto de cerrar la tienda de la esquina, decidí de igual modo cambiarme e ir a comprar algunas verduras para que hicieran compañía a las cebollas. Seguro que se iban a alegrar. Me vestí lo más rápido que pude, sin fijarme en lo que me puse. Cuando llegué al ascensor comprobé en el espejo que iba hecha un adefesio: el vaquero no encajaba con la blusa que escogí. Aunque sentí cierto bochorno por mi ridícula imagen, opté por salir con agilidad y hacer una compra *express*.

Llegué a la Tienda Verde, un pequeño comercio de ultramarinos con cierto encanto. Siempre hago allí mis compras de última hora. Su dueño, Asensio, es un gallego cincuentón, bajito, rechoncho y con una calvicie que dibujaba en su cabeza la Plaza Mayor del pueblo. Su simpatía era evidente, tras su acento gallego en pleno pueblo valenciano, la agudizaba aún más si cabía. Al entrar por la puerta lo primero que hice fue fijarme en las verduras, que era lo que necesitaba para saciar mi antojo. El género era espléndido: enormes y verdes calabacines que me decían «¡Cómeme!». Ante las gigantescas dimensiones, no pude evitar en volver a recordar la historia de Joao. Por un momento quedé ensimismada. Pensé que yo jamás sería capaz de meterme algo así, aunque quizá...

—¿Le puedo ayudar en algo?

Una voz muy varonil me apeó de mi imaginación. Me encontré ante un muchacho joven, de unos veintitantos años. Alto, muy alto. De tez morena y ojos verdes esmeralda. Con pestañas tan largas que pude imaginarme balancearme en ellas. Su rostro, muy hermoso, se podía apreciar la más bella juventud del propio Dorian Gray. De mentón cuadrado, orejas pequeñas y barba de unos días, hacían del chaval un caramelo muy apetitoso. Mucho más que el calabacín que tanto me apetecía comerme.

El joven, al ver que estaba interesada en las verduras, se acercó hasta mí. Entonces comprobé que llevaba un delantal muy bien puesto, por lo visto trabajaba allí. Cuando estuvo a mi lado, me di cuenta del ancho de su espalda y la estrechez de su cintura.

—¿Y Asensio? —le pregunté con cierta curiosidad.

Antes de responder, me sonrió. ¡Hasta la dentadura era perfecta! Después, su fragancia se coló por todos los poros de mi piel, despertó cada una de mis hormonas sexuales. Yo noté la explosión tectónica. Mis piernas también lo apreciaron.

—Mi tío ha salido, no regresará hasta mañana.

Nunca imaginé que el destartado del tendero tuviera un sobrino tan atractivo.

—¿Qué necesitas?

«Si te dijera lo que necesito...», pensé antes de responderle, mientras me mordía los labios.

—Calabacines... —contesté.

—¿Cuántos?

Ante su nueva pregunta, tan solo pude pensar en algo muy pornográfico: «Todos los que quepan...». Intenté calmarme. Le pedí uno. Suspiré para expulsar los nervios, pero cuando le vi acicalarse unos guantes de plástico en sus robustas manos para coger el género, no pude sino adentrarme en mis pensamientos obscenos.

—¿Este está bien? Es que el resto son muy grandes —me dijo.

—Más grande, por favor...

Todavía me pregunto por qué respondí aquella estupidez. El joven buscó uno mucho más enorme y, volviendo a lucir una sonrisa impoluta, me preguntó de nuevo:

—¿Y este?

—¡Perfecto! —dije al escoger el calabacín. Desde luego iba a tener tortilla para un largo tiempo.

Cuando se giró para adentrarse en el mostrador, no pude evitarlo y miré descaradamente el trasero del joven. Eso no era un culo, era un yunque preparado para azotar y moldear hierro candente.

—¿Ayudando a tu tío? —le pregunté mientras él se encargaba de pesar el género.

—Más bien, es él quién me está echando una mano a mí. —Hasta ese mismo instante no

me había percatado de que su acento también era gallego, aunque no tan pronunciado como el de su tío.

—¿Y eso?

—Estoy estudiando y me saco un *dineriño* por ayudarlo.

—¿No eres de aquí, verdad? —una pregunta estúpida, porque era evidente, pero me valió para saber más de él.

—Soy *galego*. Este año logré una plaza en la universidad de Valencia y, bueno, pues me aprovecho del bueno de Asensio.

Me alegró saber que aquel hombretón con cara de niño iba a estar una larga temporada por el barrio.

—Yo soy Pepa. —Le tendí la mano.

Me dijo su nombre y me agradó: Roberto. ¿Acaso no había nada que no me embelesara de él? Por el momento, no. Pero me hubiera gustado escudriñarlo a fondo, en plan policial. No me habría importado desnudarlo en ese momento y buscarle algún defecto, incluso en los bajos fondos. Fue una nueva anotación mental en mi agenda de fantasías.

Regresé a casa con casi cuatro euros de calabacín; estaba tan caliente que si mi plan hubiese sido otro, se habría cocido en un par de minutos en mi horno más personal. Me tuve que conformar con una jugosa tortilla de dos huevos en mi boca. Primer antojo, cumplido. Por el momento me bastaba. Estaba llena y no necesitaba postre. Ya tendría tiempo para probar al *yogurín* cero por cien materia grasa. Estaba decidido, Roberto iba a ser mi próxima presa.

CAPÍTULO 4

La noche no fue calurosa, sino más bien ardiente y pasional. Sexual en mi cabeza y, aunque lo disfruté, me quedó mal sabor de boca cuando desperté. Mi nuevo héroe se prestó a invadir mi retiro nocturno, se paseó por mis sueños ligerito de ropa: su torso, desnudo, me invitó a apoyar mi cabeza en su pecho. Así lo hice, me acerqué sin ningún tipo de miedo y, justo cuando mi oreja lograba escuchar el ritmo acelerado de su corazón, sentí sus fuertes manos dentro de mí. Cuando supe que todo iba a terminar con sus dedos anegados, ocurrió lo que jamás debió ocurrir, el maldito despertador me recordó que aquel y largo orgasmo que había sentido tan solo fue un bonito sueño. Me fastidió bastante, pero al mirarme en el espejo pude volver a ver la cara de esa niña tonta que averigua por primera vez qué se siente al ser una mujer deseada y, en realidad, me gustó ver esa sonrisa moji-gata de nuevo en mí.

Roberto, el mismo que me había hecho disfrutar una noche corta y placentera, fue el encargado de prolongar de manera angustiosa mi mañana en el trabajo. Desde el café de las ocho hasta el cortado de las once y media, no pude borrarlo de mi pensamiento. Cuando no eran sus ojos devorándome en silencio, se trataba de su cuerpo muy pegado a mi culo; excitada y a la vez encabronada por tener que aguantar todo aquel ardiente deseo en mi jornada laboral: faxes, *e-mails*, llamadas... estaba encendida y el único extintor que podía apagar ese incendio era un jovencito verdulero capacitado para ello.

Apenas faltaban un par de minutos para salir a almorzar y ya estaba acicalada para poner la marcha más rápida en dirección a mi Twingo. ¡Qué queréis que os diga, antes me gustaban las cosas pequeñas! Lo primero que hice nada más aposentarme en el interior, no fue arrancar el coche, sino coger el móvil y llamar a Irene. Debía hablar con ella, jamás un hombre se había apoderado tanto de mi cabeza y de mi cuerpo. Marqué y pulsé el botón verde mientras seguía pensando en él. Irene descolgó:

—¡Roberto, tengo que hablar contigo!

—¿Roberto? Pero ¿qué dices, Pepa? —Irene me respondió un tanto confusa.

«Mierda», musité antes de hablar con mi amiga para desahogarme.

—Ehhh, perdona... —no pude decirle nada más, en ese momento me quedé en blanco.

—¿Estás bien? ¿Quién es el tal Roberto?

No contesté, permanecí con mi mutismo sin saber cómo contarle a Irene lo salida que estaba por culpa de aquel jovencito.

—Pepa, ¿estás ahí? ¿Te ocurre algo?

—Sí, perdona. Es que necesito hablar contigo.

—Pues cuenta, cuenta... Espero que sea algún cotilleo. Ya sabes lo que me gustan.

Sabía que si empezaba a contarle toda la historia por teléfono, iba a ser un cuento sin final, así que decidí hacerlo en persona. Si tenía que escuchar lo loca que estaba por empezar a sentirme atrapada por Roberto, mejor oírlo en vivo y viendo la cara de mi amiga. Sus ojos, a veces, eran más sinceros que sus palabras. Y, si tenía que reírse de mí, yo ya estaba más que acostumbrada a sus burlas.

—Mejor te lo explico con un café. ¿Cuándo podemos quedar?

—¿El viernes en la cafetería del centro?

«Viernes», todavía era miércoles y supe que no iba a poder aguantar.

—¿No puede ser antes? Es que... —no encontré ninguna excusa para adelantar la cita.

—Antes me es imposible. Estoy liada en casa con el tema de las reformas que te conté. Pero, dime. ¿Te ocurre algo?

No iba a contarle que no podía aguantar hasta el viernes. Tampoco que me sentía una gata descontrolada por sus hormonas sexuales, todo debido al muchacho que conocí brevemente la tarde anterior. No, no podía decirle nada de eso por teléfono. Era mejor hacerlo en persona.

—No me ocurre nada —mentira, sí sucedía algo y me picaba mucho. Sí, justo ahí. No volveré a decir el sitio concreto—. Nos vemos el viernes a las seis, allí.

Me despedí de ella y colgué el teléfono de forma rápida. Me sentí ansiosa por contarle lo que me atosigaba, no tenía a nadie más con quien confesarme. Luego medité. Decidí que cuando llegara a casa, hablaría con Joao sobre el tema de Roberto. Seguro que él, hasta el viernes, me echaría una mano; o dos...

Cuando arranqué el motor del coche, mis piernas hacía rato que ya vibraban.

Estaba sentada en la cocina, con la tortilla del día anterior frente a mí; no me apetecía echarme un trozo en la boca, así que jugaba con ella y el tenedor. He de reconocer que jamás debí comprar el descomunal calabacín o, por lo menos, no haberlo cocinado todo. Iba a tener tortilla para unos días más. En ese momento empecé a odiar su sabor, no sin embargo el tamaño de la verdura, con la cual sigo teniendo ciertos pensamientos inapropiados. Además, me ha recordado a mi chavalín y me ha hecho perder el apetito; el nutricional.

Acababa de sonar el timbre de la puerta. También he empezado a aborrecerlo. Desde que encontré mi afición a comprar a través de Internet, las visitas a mi casa son más de las que jamás he tenido. Me desagrada cuando los repartidores me pillan en momentos como el de la comida o la siesta. Hay ciertos horarios que se deben respetar y esta gente no los tiene en cuenta. Además, aunque les incluyas una nota en observaciones al estilo «No molestar de 13:00 a 17:00 horas», no hacen caso. Es como si hicieran todo lo contrario a esas indicaciones adrede, eso me fastidia

bastante. Esa esencia de la vieja Pepa todavía perdura en la nueva. Ciertas manías son imposibles de borrar. Salí a la puerta, con un pequeño bocado que conseguí echarme de tortilla en el paladar. Cuando la abrí, por poco se me salió la comida de la boca. No esperaba que el repartidor fuera el mismo cretino del día anterior, fue todo una sorpresa.

—¿La pillo en mal momento? —inquirió con cierta sorna al verme haciendo malabares con la lengua para no echar la comida al suelo.

Engullí el trozo de tortilla conforme pude, de la peor manera posible, por lo que logré atragantarme. En unos segundos vi pasar mi vida en imágenes. La última de todas: un calabacín verde, demasiado grande, me asestaba una puñalada traperera. Tal vez el recelo fue el motivo por el que se me atoró.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó mientras mi cara empezaba a ponerse morada.

No podía hablar, le indiqué con gestos que me asfixiaba. Él se apresuró. Se colocó detrás de mí, de manera muy basta. Con un fuerte golpe en la espalda logró desatascar el tragadero. La tortilla salió volando de mi boca, fue a parar a la pared de enfrente. No sé qué podría haber sido más humillante, si morir víctima de un antojo o ver cómo se quedaban pegados los restos de la comida en el tabique, ante la asombrosa mirada del repartidor.

—Gracias... —no pude decir nada más, me sentí muy avergonzada por la situación. Además, el repartidor, Carlos (imposible olvidar su maldito nombre), lo había catalogado como mi enemigo público número uno.

Él se percató del mal rato que yo estaba pasando, e hizo como si no hubiera ocurrido nada. Aunque no pudo evitarlo y miró el lugar donde habían ido a parar las sobras de la tortilla; poco a poco, se deslizaban pared abajo. Algo realmente asqueroso. Sonrió y luego añadió:

—Le traigo este paquete. Ayer le hice una entrega errónea. Intenté solucionarlo, pero al llamar a la puerta usted ya no me abrió.

Su tono resultó muy amable. La verdad, no parecía el mismo gilipollas de la última vez. Además, el hecho de haberme salvado de morir ahogada, le hizo ganar puntos conmigo.

—No pasa nada. Igual no escuché el timbre —respondí sonrojada con una mentirijilla.

El hombre tendió los brazos y me ofreció el bulto.

—Por favor, compruebe que todos los datos son los correctos. No me gustaría que volvieran a darme un toque de atención desde la oficina principal. —Me miró directamente a los ojos, con cierto resquemor.

Ahí me sentí un poco mal tras recordar mi llamada a la empresa de paquetería. No fue nada amistosa, despatriqué sobre Carlos al responsable.

—Está todo correcto —le dije a la vez que firmé el albarán de entrega.

Me miró de nuevo. En ese momento encontré en Carlos una mirada un tanto seductora. Me gustó. Antes de despedirse añadió:

—¿Sabes? —me tuteó.

No pude responder, todavía seguía afligida por el mal trago como para volver a abrir la boca. Me encogí de hombros.

—Así calladita, tienes cierto encanto. Incluso estás preciosa.

Carlos se echó la mano a la gorra y se la quitó. Luego inclinó ligeramente la cabeza hacia delante, imitando el saludo de un noble caballero de antaño. Después, se la volvió a colocar en su sitio y se despidió: «Que tenga un buen día, señorita».

Me quedé inmóvil en la puerta, viendo desaparecer a Carlos por el pasillo, embobada por su andar chulesco y conmovida por lo que estaba experimentando en ese mismo instante: su sonrisa cínica, su chulería y su culo prieto que bailaba al son de un chico malo, me hicieron ver que el hombre no estaba nada mal. ¡Aunque fuese un auténtico gilipollas!

Cuando regresé dentro de casa, con el paquete todavía en las manos, me encontré con una nota que me hizo sentir aún más estúpida; me puse furiosa, aunque con certeza, no sé si fue debido al ridículo momento que viví al atragantarme, al sentir cierta atracción por el repartidor, o simplemente al leer la anotación que estaba firmada por Carlos:

«Espero que le saques provecho a tu hombre de goma. Es una lástima que no te gusten los de verdad. Si no es así, házmelo saber la próxima vez que nos veamos».

La sangre que recorría mi cuerpo se detuvo; me quedé helada. ¿Quién se creía que era para permitirse tan burdo comentario sobre mí? Sí, me gustan los tíos de verdad, eso no quiere decir que no pueda darme el capricho de vez en cuando dar rienda suelta a mis fantasías. Pero, siendo realista, tampoco es que había tenido la oportunidad de pillar a un chico en condiciones para demostrar quién era yo en la cama. Yo, la nueva Pepa de sonrisa pícaro y deseos obscenos, era capaz de levantar pasiones en quien yo decidiese. Mi víctima ya estaba decidida, tan solo faltaba concretar un plan. Esperaba que mi amiga Irene fuera mi cómplice. Seguro que ella podía tramar algo para ayudarme a conquistar a Roberto.

Estábamos sentadas en la terraza y disfrutábamos del buen clima. Mientras bebía mi refresco de cola, Irene no tardó en reprocharme.

—Hay que ver lo mojigata que eres para ciertas cosas y cómo chupas de la pajita. — Sonrió.

Justo ahí no supe qué contestar. Me limité a dejar de absorber y olvidarme de la bebida.

—¿Qué es eso tan importante que me tenías que contar? —preguntó ella.

La miré de forma directa a los ojos, como había hecho tantas otras veces cuando necesitaba su complicidad. Antes de soltar palabra alguna, intervino de nuevo ella:

—¿Es un hombre? —Rio de forma muy exagerada al notar que el parpadeo constante de

mis ojos confirmaba su hipótesis. Me cazó, sabía demasiado bien de mí.

—El otro día conocí a Roberto... —Al darme cuenta de que mencioné su nombre, personalizando demasiado el asunto, me detuve en seco.

—Bonito nombre, muy masculino. De telenovela —justificó ella con una sonrisa que amenazaba en no desaparecer—. ¿Cómo lo conociste? ¿Tiene dinero? Y lo más importante de todo, ¿está bueno?

En ese preciso momento supe que empezaba un interrogatorio más propio del *Sálvame Deluxe*. Me resigné, porque sabía que al final iba a sufrir todas las fases de ese programa: entrevista y reproches; con cierta seguridad, tampoco iba a librarme del polígrafo. Irene tenía un sentido desarrollado para calar mis mentiras, motivo por el que siempre fui sincera con ella.

—Lo conocí en su verdulería... —no me dejó terminar la explicación.

—Joder, tía. Lo tuyo no es muy normal. De panadero te pasas a verdulero. ¿Pretendes follarte a todo el Mercadona? —su chiste no me hizo gracia, pero le dio lo mismo. Ella sí rio a gusto.

—¡No me has dejado terminar! No es su verdulería, sino la de su tío. Le está echando una mano para ganarse un dinerillo.

—Eso suena a que está pelado —respondió Irene un tanto defraudada.

—Tanto como un polluelo... —No pude evitar sonreír con cierta picardía.

—¿A qué te refieres? —me preguntó muy curiosa.

—Roberto es un joven universitario.

—¿Qué? —le sorprendió mi confesión— ¿Te has enamorado de un Petit Suisse?

No sé exactamente a qué se refería con la palabreja. Además, tampoco creo que estuviera enamorada de él.

—¡No es eso!

—Sí, claro. Por eso tanta prisa por quedar conmigo.

—¿Y si fuera así? ¿Pasaría algo si... —hice una breve pausa pensando en la pregunta— acabara teniendo algo con él?

—¡Pues claro que pasaría, nena! —su respuesta me causó cierta expectación.

—¿Qué? —pregunté confusa, mientras volví a dar un sorbo al refresco.

—¡Pues que tu coño disfrutaría! —su respuesta en tono alto provocó que me atragantara.

—¡Más bajo, por favor! ¡No seas tan mal hablada! —le increpé.

—Si quieres mi ayuda tendrás que acostumbrarte a mi forma de expresarme. —Su sonrisa fue malvada. Sabía que la necesitaba, así que no tuve más remedio que aceptar.

—¡Está bien! Disculpa —le dije—. ¿Cuál es el plan? —quise saber qué era lo que tramaba su maquiavélica mente. Irene era muy retorcida.

—El básico y sencillo: ¡Fóllatelo, nena!

No me pareció mal su sugerencia. De hecho, era lo que se me pasaba por la cabeza de manera continua, pero a mí no me pareció tan sencillo.

—No creo que sea tan fácil.

—Pues claro que no lo es, pero tienes todos los ingredientes. Solo debes aliñarlos bien y servir el plato en una bonita bandeja.

La comparación no me pareció muy visual. Irene me vio un tanto confundida, así que volvió a explicarme.

—¡Nena, eres muy corta! Tienes tu cuerpo; solo hay que ponerle un lazo bonito y regalárselo a Roberto.

—¡Me saca de quicio que hables en clave! —le dije enfadada.

—Tu verdulero es muy joven. Seguro que le gustan las tías modernas y no tan carcamales como tú.

—¡Gracias! ¿Esa es la ayuda que me vas a dar?

—¡No te adelantes! Te estoy explicando el plan.

No dije nada más. Me encogí de hombros y esperé a que sus consejos me sirvieran.

—No quiero decir que seas vieja —sonrió—, porque yo también lo sería. Lo que quiero decirte es que tienes que amoldarte a este siglo; tienes que ser una mujer actual.

Me sentí un poco ninguneada. Aunque es cierto que mi sentido femenino se quedó atascado una década atrás, pero eso no significaba que no estuviera dispuesta a hacer lo que fuese por reencontrarme con esa fémina y actualizarla.

—¡Tienes que sacarte provecho, Pepa! —sentenció Irene.

—¿Cómo? —pregunté tras considerarlo una misión imposible.

—¿En serio quieres conquistar a ese joven? Piénsatelo y me dices.

No tardé en responder.

—¡Claro que quiero!

—Pues entonces, todo pasa por adaptarte y no ser una *matapasiones*.

—¿A qué te refieres? ¿No me crees capaz de conquistarle conforme soy ahora?

—En realidad, lo dudo...

Su sinceridad pisoteó mi orgullo y, ante la cara de limón exprimido que puse, ella intentó explicarse.

—Para cazar a un hombre y lograr que no se escape tienes que ser una buena amante.

—¿Y eso cómo se consigue?

—Toma nota, te lo voy a explicar.

A Irene le resultó gracioso que me lo tomara al pie de la letra y sacara mi agenda del bolso. Empecé a apuntar.

—Lo que debes tener claro es evitar siempre parecerte a una de las siguientes mujeres. En

primer lugar está la tipo murciélago.

Mi cara estupefacta le provocó una enorme carcajada.

—Es la típica que cuando quiere intimar con un hombre le tiene pánico a la luz, siempre la apaga para tener sexo. Créeme, los tíos no se detienen ni un segundo a observar nuestras imperfecciones. Para ellos, en ese momento, somos unas diosas del placer.

Me sentí un poco identificada en este punto, pues mis primeras relaciones al principio eran así. Siempre intentaba buscar la penumbra, me sentía cómoda en ella.

—En segundo lugar está la mujer puritana —continuó con su explicación—. Es aquella que se niega a mostrar su placer durante las relaciones sexuales. Se exhibe fría y callada, todo con tal de no dar lugar a pensar que es muy experimentada y la puedan catalogar de facilona. Un consejo, Pepa. Si quieres aprender el abecedario del Kamasutra, no reprimas tus emociones. A ellos les gusta saber que te están haciendo disfrutar del encuentro.

Irene se detuvo un instante para hacer una breve pausa. Sonrió de nuevo al ver que yo anotaba toda su explicación en la agenda.

—A los tíos tampoco les gustan las mujeres descuidadas, ni las cotorras que no paran de hablar de su día a día. ¿A quién le importa saber qué te ha pasado en la cola del mercado mientras te están follando? ¡Esto desmotiva mucho a los hombres! La cama está hecha para intimar y no es un jodido confesionario.

No pude evitar sonreír. Esa comparación sí que me resultó graciosa. Le pedí que no se detuviera en la explicación, pues me estaba resultando muy gratificante. Me resultaba extraño que Irene supiera todas aquellas cosas y, aunque todas eran lógicas, a mí se me habían escapado durante todo este tiempo.

—Pero ¿sabes qué mujer es la que no les gusta a los hombres?

No tenía ni idea, así que no contesté. Me limité a encogerme de hombros.

—¡La mujer vegetariana!

—Pues eso va a ser difícil, porque a mí me gustan mucho los vegetales. Aunque últimamente le estoy cogiendo un poco de asco al calabacín.

Mi respuesta hizo explotar de risa a Irene, tanto, que las mesas de alrededor no dudaron en mirarnos. Me sentí ridícula.

—No me refiero a eso, nena.

—¿Y a qué? Me fastidia mucho no entenderte...

—A los tíos les gustan las mujeres carnívoras.

—¡Otra vez estamos...! —le increpé.

—No hay que pensar mucho, Pepa. A ellos, lo que les gusta de verdad, es que sus amantes se coman algo... —Hizo un gesto con su mano y la boca que me resultó un tanto repugnante.

—¡Qué dices, loca! Eso sí que va a ser difícil de verdad —me sinceré con ella al imaginar su propuesta.

—No hace falta que de golpe te metas una... —hizo una pausa y miró alrededor asegurándose de que nadie la pudiera escuchar — tranca hasta la boca del estómago. Hay ciertos trucos: condones de sabores, jugar con alimentos... todo es cuestión de imaginación.

Me siguió pareciendo igual de asqueroso, pero también lo anoté.

—¿Algún consejo más, profe? —le pregunté con sorna.

—Solo uno —añadió.

Abrió su cartera y sacó una tarjeta del interior. Me la dio. «La perla del Caribe — Esteticismo», leí.

Llama y pide cita.

—¿Para qué?

—Para depilarte, eso también te hará falta —me dijo sonriendo—. A ellos les gustan las aventuras, pero no adentrarse en plena jungla para encontrar un orgasmo. Le dices a Sonia, la dueña del local, que quieres que te haga unas ingles brasileñas.

—¿Eso qué es? —pregunté sintiéndome una vez más muy torpe.

—Tú haz lo que te digo. Ya me contarás. —Sonrió y noté en ella cierto entusiasmo.

Gracias a mi amiga, el plan para capturar a mi presa estaba en marcha. Me sentí alegre y dispuesta para aceptar el reto.

CAPÍTULO 5

La Perla del Caribe no podría haber tenido un letrero más llamativo: un luminoso verde neón destacaba en una callejuela paralela a la Gran Avenida. Desde que tengo uso de razón, recuerdo haberme encargado yo misma de adecentar mis intimidades: cera para piernas e ingles y cuchilla para sobacos y rasurar lo justo ahí, ya sabéis dónde me refiero; por este motivo acudí al lugar con cierto nerviosismo, avergonzada al tener que bajarme las bragas y exponerme a un jurado profesional. Me detuve justo en la puerta y, antes de acceder al local, miré la calle de lado a lado, camuflada con las gafas de sol, intentando evitar que nadie me viera entrar allí; sí, como si se tratara de una estúpida película de espionaje. Me sentí muy ridícula, cuando acudir a un centro de belleza era lo más normal del mundo, pero ya os digo que aquel luminoso, con el dibujo de una perla sonriente y brillante, me apuró tanto, que a punto estuve de largarme de allí. Si no lo hice fue porque me vino la voz de Irene a la mente, y no me quedó más remedio que claudicar.

Risas, muchas risas es lo que me encontré dentro. Tan burdas y exageradas que me quedé inmóvil frente al recibidor:

«... una vez, me dijo que le bastó con salir a la galería y abrirse de piernas para lograr su atención; desde ese momento encendió al cartero, y la guarra se lo folla cada vez que puede. Sobre todo, cuando su marido llega a casa apestando a perfume barato, sin saber cierto si él le pone los cuernos. Pensar en esa excusa le es suficiente», escuché en boca de una mujer entrada en carnes a la que le estaban haciendo las cejas.

Me quité las gafas de sol y las guardé en el bolso. No me hizo falta preguntar, una rubita de metro y medio, con una sonrisa dulce y contagiosa, me aclaró a la vez que mascaba chicle.

—¿Tienes cita, cariño?

Me pareció muy guapa, algo más joven que yo (en realidad lo era bastante más, pero pensar lo contrario era un mecanismo de autoconfianza que me ayudaba). Tan perfectamente maquillada y peinada, que si no hubiera sido por la ropa de trabajo, en la que destacaba esa perla sonriente que me había dado la bienvenida, podría estar lista para salir a ligar; aunque, seguramente ella no estaba en la misma situación que yo. Fijo que tenía muchos hombres babeando tras sus pasos.

—Sí, para las once en punto —le dije sabiendo que llegaba un poco antes de lo pactado.

—Te tocará esperar un ratito —me dijo sonriendo una vez más, moviendo el chicle de forma exagerada de un lado a otro, con mucha habilidad en la lengua.

—No importa —le dije—, pero ¿podría atenderme Sonia? Me la ha recomendado mi

amiga Irene.

—Yo soy Sonia —respondió halagada—. Nada más termine con ella —señaló a la mujer que estaba despotricando de su vecina— me pondré contigo, cariño.

Me invitó a sentarme en una de las butacas que había para tal menester. Cogí la prensa rosa para entretenerme, pero me fue imposible centrarme en la lectura. Aquella mujer, a la que le estaban arreglando la cara, continuó narrando la historia de su vecina. ¡Qué queréis que os diga! Me fue inevitable no prestar atención.

«Pues la Piedad es guarra, pero guarra. ¿Sabéis qué suele hacer para coincidir con el cartero por la mañana mientras su José se rompe el lomo con el yeso? La *jodía* se envía a ella misma correos certificados... Sí, como os lo cuento. ¿Por qué lo sé? Se le fue la lengua en las últimas Fiestas del Barrio de la Virgen de Agosto».

¡Me impactó la estrategia! Eso de autoenviarse un correo certificado para dar con su amante en jornada laboral tan solo tiene un nombre: en palabras de Irene: «Nivel Zorra Extrema». Por otro lado, me conquistó la tertulia, pues en cierto modo me recordó al cretino de Carlos. Entonces, lo pensé por primera vez: ¿El repartidor sería bueno en la cama? Borré pronto el pensamiento y, entonces, centré la vista en la revista *Hola*, pero en realidad sin prestarle demasiada atención. Permanecía muy atenta a cada una de las palabras de lo que estaban contando.

«Pues eso, chicas. Que una mujer como yo podrá pasar mucha hambre. Que sí, que puede ser verdad que sea algo de envidia lo que tengo, pero que si a mí se me presentase esa oportunidad, y ojo, que yo no tengo pareja y podría abrir la ventana de la galería y canturrearlo a pleno pulmón al mundo; pero no, chicas, no, hacerlo así de esa manera (hizo una pausa buscando el adjetivo); tan putón y encima orgullosa...».

Sonia, la encargada, no decía nada. Simplemente afirmaba con la cabeza mientras con las pinzas quitaba los diminutos pelos de las cejas, intentando hacer de ellas un fino y elegante lienzo. La otra chica, su compañera, que pintaba las uñas de los pies con color rojo a una mujer que pasaba de aquella conversación, se limitaba a sonreír divertida por cómo contaba la historia; la clienta, como si estuviera entre familia, se limitó a proseguir con su monólogo.

«Pero bueno. Mi madre solía tener un dicho. ¿Sabéis cuál era? Ella decía que "en puerta cerrada no entran extraños". Y esta tía, la Piedad, tiene las puertas como la de los centros comerciales: se abren automáticamente con tan solo uno arrimarse a ella».

Todas ellas rieron; a mí me resultó tan graciosa la comparación que no pude evitar unirme a la juerga. Permanecí en silencio, desternillándome de vez en cuando, camuflada tras las páginas de la revista, mientras aquella cansina narraba sus pesadas historias, con cierto aire cómico de tanto en tanto. Estuve entretenida hasta que lo escuché y sentí cierto sofoco: «Adelante, cariño. Ya te toca a ti».

Sonia me hizo subir por las escaleras a un altillo. Ahí se encontraba una habitación preparada para las depilaciones. Las paredes estaban pintadas de color malva, lucían todo su esplendor gracias a la cantidad de luz que entraba por el enorme ventanal que habían hecho construir aposta: «Para que no se olvide ningún pelito rebelde», me dijo sonriendo. Me aferré con cierto nerviosismo al bolso, como una anciana cuando cobra en metálico su pensión.

—Puedes dejar tus cosas ahí —me dijo señalando un perchero.

Lo hice. Después me quedé en blanco. Jamás en la vida había estado en un centro estético. Como una novata en su primera vez, esperé a que ella me indicase. Ella lo notó. Lejos de hacerme sentir incómoda, me ayudó con la misma gracia que desprendía su mirada.

—Ven aquí.

Le hice caso. Cogió una toalla blanca de un montón que tenía bien plegadas. Desprendía un agradable olor a limpio. Me la ofreció con una serie de indicaciones.

—Quítate los pantalones y la ropa interior; te cubres con la toalla y, después, te tumbas bocarriba en la camilla. Regreso enseguida. —Salió en dirección abajo.

¡Me acojoné! Jamás de los jamases me había desnudado ante desconocidos. Recuerdo que cuando era pequeña me inventé cierta enfermedad para evitar ducharme en clase de Educación Física; quizá ese también fue el motivo por el que nunca me apunté a un gimnasio, aunque los michelines de alrededor de mi cintura clamasen ayuda al cielo. En tal asunto siempre he sido más de cerrar la boca y pasar cierta hambre que ponerme a sudar. Eso también me da mucho asco, la transpiración.

Bajé los pantalones sin mayor problema, pero cuando llegó el turno de las bragas, eso fue un problema mayúsculo. No pude evitar mirarme en el espejo que había frente la camilla. Me topé con unas piernas pintadas con cal, en las que en la parte superior destacaba una jungla de pelo, recortados por los costados; la ropa interior era algo pasado de moda. Una tela de algodón sin ningún tipo de lazo ni encaje. Una prenda que no sería capaz de seducir a nadie. Vi mi rostro enrojecido en el cristal. Con cierto apuro y rapidez me deshice de la ropa interior, para que Sonia no la viera. Cuando me las quité, las guardé con agilidad en el bolso; cerré la cremallera.

—¿Lista? —Vino a buscarme sonriente.

¡No! ¡No lo estaba!

Alargó el brazo y me cogió para acercarme hasta la mesa camilla que estaba situada justo en el centro de la habitación. Sin más dilación y como un corderillo que va al matadero, me subí encima y exclamé para mí misma: ¡Qué sea lo que Dios quiera!

Conmigo, tumbada y, antes de ponerse a mis pies, Sonia notó mi nerviosismo.

—No te preocupes, cariño. No te dolerá mucho.

No me preocupaba el dolor, sino sentir el apuro de que alguien pusiera sus manos en mi Pepita. Y, también, el aprieto de que la esteticista levantara la sábana y pudiera encontrar en mis pudores un universo capaz de dar vida microbiológica. Me abrumó sobremanera, como si esa profesional jamás hubiera visto zonas íntimas peores que cualquier escenario postapocalíptico imaginable.

Mientras meditaba toda serie de tonterías, sentí un poco de frío recorrer mi pubis.

«Al lío...». En realidad, no sé si llegué a escuchar tal afirmación, pero Sonia había echado ojo por primera vez a mi sexo.

—¿Y qué te hacemos aquí, cariño?

Me quedé en blanco. Al no contestar, ella misma me sacó de dudas:

—¿Ingles brasileñas?

Entonces lo recordé, eso fue lo que me aconsejó Irene. Me reconfortó no tener que explicarme y pedir el servicio de poda con una simple afirmación.

—Sí, eso...

—¿Integral?

La nueva cuestión me pilló por sorpresa. ¿Integral? ¿Como los cereales?, pensé. Unos segundos que me dieron para meditar mucho. Cavilé que se trataría de aquello que los niños decían en el colegio cuando se cortaban el pelo: «Al cero». No sé, con la misma simple respuesta anterior y, sin darle demasiadas vueltas al asunto, lo volví a hacer.

—Sí, eso...

—Perfecto, cariño. Pues ponte de costado y abre las piernas.

Obedecí. Intenté acomodarme, pero cuando noté a Sonia apartar los cachetes de mi culo hacia un lado y sentir un palo caliente humedeciendo la zona de mi ano, sentí a mi estómago crujir. No sé si he llegado a confesarme sobre este hecho, pero cuando me pongo nerviosa, mi estómago baila al ritmo de las piernas de Elvis Presley en *Jailhouse Rock*...

—¿Estás bien, cariño?

Apreció mi desfallecimiento en la cara. Fijo que estaba pálida por la situación. Era la primera vez que alguien se atrevía a dar forma a la flora de mi sexo; no, no estaba muy calmada. El notar cómo la pasta pegajosa se endurecía alrededor de mi ojete, no ponía las cosas fáciles como para sentirme a gusto. No, porque entre el rugir de mis tripas y las cábalas de mi mente, empecé a hacerme preguntas tipo «¿Y si se me escapa un pedo?»; nada más por aquello del tirón, al estilo anilla en la lata de un refresco, que estaba dispuesta a darme la chica y arrancarme los pelos de esa zona en la que nunca me imaginé que habría cañamo; porque seamos sinceros, allá donde hubo, se retuvo... y cuando uno retiene, malo es el esfuerzo.

«¡Por Dios! ¡Que no haya ningún fruto seco pegado!», otro de esos terroríficos pensamientos que me llevé a la sesión por culpa de mi amiga Irene. Ella me comentó una

desagradable situación vivida y confesada por la misma chica que me estaba depilando:

«La gente es muy cerda. Da igual que seas una señora mayor que una hippie moderna; algunas te vienen con quicos incrustados entre la jungla brasileña; otras, con trocitos de papel de cagar convertidos en pelotitas por aquello del olvido. Hechos que tienes que aguantar con paciencia, mascarilla, guantes y conteniendo las arcadas...».

Suspiré tan profundamente, que Sonia se dio cuenta. Centré mi mirada en la pared y, tras cerrar los ojos y sentir que me relajaba, le di permiso: «Lista».

Sin llegar a escuchar ningún tipo de confirmación al estilo «Vale», o alguna cuenta regresiva, aprecié un fuerte tirón en mi trasero que arrancó hasta el más diminuto vello de la zona cero. Apurada, aguantando como los mismísimos trescientos espartanos en aquel estrecho de Termópilas, noté varios tirones más, seguidos de una nueva colada impregnando mi ano. La última intervención fue sin apenas sensación de dolor. La primera, en todo, siempre duele más. Al final, un par de pellizcos delicados para quitar restos de cera en sitios dispersos y lista.

—Vale, cariño. Puedes voltearte y acostarte hacia arriba.

La chica había terminado la zona del sur, que era la que más me preocupaba, por lo que al instante me sentí relajada. Tumbada hacia arriba, con la vista en el techo, dejé que Sonia prosiguiera con su labor. La tarde anterior me dediqué a adecentar un poco la zona que envolvía mi sexo; con unas tijeras recorté todo aquello que se había convertido de vello púbico en cañas de río. Tras abrir nuevamente las piernas y con la sensación de tener el ano liberado (quiero imaginar y convencerme que tan solo salió pelusilla de ahí dentro), noté la cera caliente en sitios estratégicos para, poco después, ser retirados con fuerza, pero sin furia. Se agradeció la delicadeza en todo momento, siempre al ritmo de una canción anacrónica y burlona que sonaba en la radio: «Y qué más da, si son cosas de la edad». ¡Cabrones!

Fue mucho más rápido de lo pensado. Cuando quise darme cuenta estaba tras el biombo poniéndome de nuevo la ropa interior. Una vez vestida, me miré al espejo, sintiendo cierta sensación extraña en mi entrepierna. No tuve el valor de mirarme en ese mismo momento, pero la sensación del roce de mis carnes, me daba a entender que mi sexo, tras el paso por las manos de Sonia, se acababa de convertir en una idílica playa caribeña, donde las posibles caricias de los bañistas que cayeran en ella, estremecerían la placa tectónica que se ocultaba a pocos centímetros más abajo. Y, si os soy sincera, ese insólito contacto de mi propia piel friccionando mi sexo, con un sentido *gustirrinín*, me estaba exaltando sobremanera; así que pagué la cuenta y con un benevolente «Nos vemos pronto», por aquello de no dejar de nuevo crecer a la selva, salí de allí con rapidez a casa. Debía ver con mis propios ojos, sin ningún tipo de ropa por medio y con un espejo, la metamorfosis de mi amiga Pepita; sí, la de abajo.

CAPÍTULO 6

Día 1, minuto 215 tras la desforestación

Completamente desnuda, sentada en el sofá y frente al espejo, me tiré gran rato observando la nueva apariencia de mi amiga Pepita. Con las piernas abiertas, sintiendo la corriente de aire acariciar la desnudez, pensé que La Perla del Caribe, aunque en apariencia era un nombre muy absurdo para el negocio de estética que había visitado, era el más propio. Mi sexo lucía rasurado ante mi mirada. No recordaba jamás haberlo visto así, y sí, era un bonito cofre que guardaba una perla preciosa que anhelaba que alguien abriera los cortinajes de su morada para sentir la luz del exterior. Me fue inevitable no acariciarme. Primero, por la parte de fuera. Mis dedos resbalaban por un extenso campo suave, deslizados por el deseo que empecé a sentir gracias a la exploración: pechos, vientre, muslos y el valle de Venus más apetitoso que jamás imaginé. Después, el índice, que siempre suele ser el más goloso y pecador de todos, se detuvo un instante en la parte superior de la apertura de mi concha, indeciso en adentrarse a través de una diminuta apertura y encontrar el marfil de la perla que anhelaba ser acariciada.

Aquella vez no me hizo falta ningún tipo de juguete ni de imaginación sexual. No, simplemente se trató de ese momento que necesita toda mujer una vez cada cierto tiempo en la vida, el descubrimiento de su ego sexual. Y, mientras me tocaba despacio, destapada y frente a un espejo de poca monta que compré años atrás en esa tienda que vende muebles con nombre impronunciables, disfruté de mi propia imagen. Con el deseo pintado en mi rostro y mi cuerpo temblando al ritmo de mis dedos. Mi voz, jadeante e intensa, parecía imitar a la eufórica Tina Turner en el estribillo de *Private Dancer*; porque sí, porque me acababa de convertir en una bailarina exótica que no necesitaba a ningún hombre para ser feliz, solo a sí misma frente al cristal: sensual, erótica, complaciente y con todo el anhelo del cariño propio mientras se descubre y se hace el amor en soledad; sin la necesidad del pretérito imperfecto de las palabras de un amante que desaparecen tras un intenso y majestuoso polvo. El *unamismo*, que no onanismo, se trata justo de eso: el amor por la vida y la alegría por ser capaz de lograr lo que una quiere por sus propios medios.

Entre escalofríos y los jugos de mi sexo, descubrí toda la poesía que albergaba mi alma; hasta que una llamada telefónica me interrumpió.

Esa tarde acudí al centro comercial en el que me había citado Irene. Yo tenía el día libre y

me pareció perfecto quedar con ella. Además, según me había dicho por teléfono esa misma mañana, había logrado colocar a los niños a su suegra, porque necesitaba hacer algunas compras y no quería volverse loca llevándolos detrás. Yo permanecía sentada en la terraza de la cafetería en la que habíamos quedado. Mientras removía el café con la pequeña cucharilla, la vi llegar. Irene estaba muy mona, aunque siendo sincera, cualquier cosa que pudiera ponerse le quedaba perfecto. Al llegar se quitó las gafas de sol. Pude ver en ella esas facciones de mujer contenta y relajada. No me acompañó y mi café quedó solo; se pidió una guerrera, así llamaba ella a la cerveza Alhambra verde. Por lo visto, venía con ganas de batalla.

—¿Qué tal esta mañana? ¿Cómo fue?

Justo ahí empezaba la sesión de libreta y polígrafo.

—Bien... —respondí seca pero risueña.

—Chica. ¿Cayó el primero dedillo sin alambre de espino de por medio?

La jodida siempre tenía salidas para todo. No pude soportar la comedia y reí.

—Hasta que me interrumpiste...

—¡Oh! ¡Vaya! ¡Pues te jodes!

—Me jodí, me jodí —se la devolví y casi echa por la boca el primer trago de cerveza que acababa de dar en ese instante—. Digamos que ha sido tal como cantaba Enrique Iglesias. Ha temblado todo, ha sido una experiencia religiosa.

Me alegró comprobar en primera mano que mi metamorfosis como mujer estaba surgiendo efecto. Ya no solo por el hecho de infravalorar en ocasiones mi feminismo, sino como persona. Sacar a relucir todo el sarcasmo que era capaz de despertar, me hacía sentir más segura de mí misma. ¡Qué bien se está cuando una está bien!

—Entonces, tachamos un punto más del plan. Vayamos al siguiente para cazar a ese chavalín que tienes en tu mente, pero que te gustaría tener entre tus piernas. —Me guiñó un ojo.

Cierto, Roberto. ¿Podría ser que en algún momento de estos días me hubiera olvidado de él? En cierto sentido empecé todo este descubrimiento por verme envuelta entre sus brazos; apretar mi cuerpo contra el suyo y notar las tablas cinceladas de un torso trabajado. El sabor de sus labios, o mejor, que probara el sabor de mi carmín sufrido por las ganas de anidar su gavián en mi nido... me callo; mejor me callo...

Sorbí profundamente el café para borrar mi desliz mental y pregunté:

—Entonces, según tú, ¿ahora qué toca?

—La máquina la tienes lista. Tras tu paso por la peluquería y demás pulidos, estás perfecta. Ahora viene lo más interesante de todo...

Hizo una pausa que me puso nerviosa.

—¡Coño! ¿El qué? —No pude soportar el enigma.

—La sensualidad, cariño. La sensualidad...

Mi querida amiga parecía una enciclopedia de sabiduría. ¿La sensualidad? ¿Qué narices era eso de la sensualidad? Yo simplemente tenía una pequeña percepción sobre ella y, las nociones que poseía, las relacionaba con el sexo.

—A ti, que te gusta tanto leer, te habrás dado cuenta de que, en la literatura negra, las *femme fatale* son aquellas que causan más morbo e interés por los personajes machotes.

Tenía razón, ¿quién no podía recordar protagonistas femeninos como la propia y estigmatizada Lilith?

—Cierto... —dije atenta, había logrado captar mi atención.

—¿Qué tienen todas ellas en común?

—¿Su personalidad? ¿El pellejo de malas?

—No se trata de su maldad en sí mismo, cariño. Conjugan a la perfección su papel para lograr lo que quieren de los hombres. No pierdas atención de lo que te voy a decir, porque es una parrafada enorme, aunque profunda e interesante. La sensualidad femenina tiene sus propias reglas de juego. Una mujer puede lograr la atención de aquel hombre que desee; lo único que debe es desatar su sensualidad. Sí, y en este caso hablamos de la tuya. Y no me mires como si estuviera hablando de hombrecitos verdes llegados de otros planetas.

¿Sensual yo? ¿Era cierto lo que estaba escuchando en voz de la loca de mi amiga? ¿Tenía yo las armas precisas para desarrollar tal atracción hacia los hombres? En cualquier caso, asombrada, me dispuse a seguir escuchando su monólogo; no sé si era cierto, pero sí me parecía interesante.

—Hija, ¿quieres prestar atención? El caso es que, regresando al hilo de la seducción, todas y cada una de las mujeres de este planeta tenemos las cualidades necesarias para convertirnos en esas chicas fatales de película. Sí, lo digo en serio. Mira, escucha. Todo se trata de psicología...

—¿Quieres dejar de hacerte la interesante e ir directa? ¡Cómo te gustan los rollos! —le dije alzando un tanto la voz.

Irene echó una larga carcajada, amparada por mi desesperación.

—Tranquila, cielo —intentó calmarme a la vez que daba un trago a su cerveza—. En primer lugar, todo se trata de ser natural. Una mujer tiene que ser como es; ni más ni menos. Intentar ligarse a un hombre sobreactuando no es nada idóneo. ¿Por qué? Ya sabes ese dicho que dice que antes se coge a un mentiroso que a un cojo. Entrar a un tío en plan cinematográfico, contoneando las caderas a la vez que se hace la interesante, no es que esté mal, pero es un gran error. Más tarde o temprano se acabará dando cuenta de que ha fingido su estado, edad, o cualquier otra chorrada que le haya podido decir. Por eso, para evitar este papel innecesario de Hollywood y meter la pata en la interpretación, lo más directo y seguro es ser una misma. La naturalidad, la tuya, la mía, la de todas, es fundamental para la seducción.

—Parece muy lógico lo que me estás contando. Pero ¿quién no ha flirteado con mentirijillas en algún momento?

—Pepa, no me refiero al tema de mentir, sino al de evitar que esa mentira construya un argumento insostenible. Quizá con ese embuste captes la atención de alguien, pero simplemente será una burda farsa y no te va a ayudar en nada para que tu yo auténtica, la Pepa natural, gane la autoestima suficiente para entender que sí es capaz de ser sensual. ¿Entiendes?

Aunque todavía estaba dándole vueltas al tema en mi cabeza, le dije que sí. Sonreí, porque pronto entendí que el tema de las mentiras no iba conmigo y sería más fácil llegar a encontrar mi sensualidad sin tener que recurrir a farsas. Asentí e Irene continuó:

—El siguiente punto es vital, tenlo muy presente: ¡El dependentismo mata pasiones! ¡Así, a lo bestia! ¡Cuchillada desde el pecho hasta el estómago y tripas al suelo! El día que decidas atacar a Roberto, debes tener muy presente que a los hombres no les gustan que les atosiguen. Si una noche quedas con él, jamás de los jamases le envíes al día siguiente un wasap al estilo «Anoche estuvo genial. ¿Quedamos hoy?». Dale su espacio; mejor dicho, cariño: ¡Date tu espacio! Roberto fue un trofeo y debes concederte el tiempo suficiente para saborearlo y apreciar si esa carrera fue de fondo o simplemente un *sprint*. Es lógico y entendible que te mueres por volver a caer una vez más en sus brazos, pero no le muestres la impresión de estar desesperada. ¡No! ¡Tú no estás desesperada! ¡Es él! Por eso deberás tener paciencia y esperar a que te llame. En cualquier caso, si no lo hiciera nunca, te quedarás con la experiencia de haber logrado atraparlo y llevarlo a tu terreno.

—¿Te refieres a que me muestre inaccesible? —pregunté extrañada.

—No, ¡qué va! ¡Para nada! Lo único que quiero darte a entender es que él tiene su agenda y tú la tuya. No intentar organizar la vida a los demás es un valor muy positivo para empezar una relación con buen pie.

Di el último sorbo a mi café con la intención de que toda la cafeína que quedaba en la taza se incrustara directamente en mis pupilas. El papel de psicóloga de Irene me estaba fascinando. Tenía toda la razón del mundo en lo que me estaba diciendo y, aunque fueran cosas que yo misma pudiera llegar a entender sin la ayuda de nadie, no fue hasta ese momento en el que abrí los ojos por completo.

—Espero que te esté sirviendo la chapa.

—Para nada es un tostón. Te estoy muy agradecida por toda tu ayuda. Por favor, sigue.

—El tercer punto es todo cosa tuya.

—¿A qué te refieres? —dije dubitativa.

—Para explotar tu sensualidad, primero debes explorarte a ti misma. No se trata más que ejercitarse frente al espejo.

—¿Espejo? —musité avergonzada.

No pude evitarlo y solté una carcajada. Esa misma mañana acababa de hacer algo así. El enrojecimiento de mis mejillas me delató.

—¿Estás loca? ¡No me refiero a esa clase de ejercicio, *soputa*! —Se contagió de mi sonrisilla, pero continuó con la cháchara—. Lo que quiero decir es simple, aunque a la vez complejo. Todas y cada una de las mujeres poseemos una cualidad que nos hace únicas. Es decir, el intelecto, la simpatía... ¡la mirada! ¡Lo tuyo es la mirada!

—¿En serio? —pregunté asombrada.

Nadie antes me había dicho que poseía tal cualidad y me gustó que alguien lo reconociera.

—Sí, Pepa. Es curiosa, juguetona, a la vez que penetrante.

Me sonrojé. Ella prosiguió:

—Cuando te pintas los ojos, como por ejemplo hoy, ese rímel junto a tus pestañas negras, dibujan una mirada absorbente capaz de conservar el interés ante lo que le están contando. Como ahora mismo.

Parpadeé, ya no sé si fue adrede o por un acto involuntario ante el rasgo interesante que me acababan de descubrir.

—Ese debería ser tu fuerte. ¡Poténcialo! Cuando lo hagas, no tardarás en darte cuenta de que eres muy femenina y *sexy*; esto, junto a la seguridad, es lo esencial para estar bien consigo misma.

Irene se detuvo. Bebió un largo trago a su bebida y quedó en mutismo.

—¿Ahora te haces la interesante? —le pregunté con sorna.

Ella sonrió.

—Estoy disfrutando...

—¿De mi ignorancia? ¡Gracias!

—No, querida. De ti... te veo radiante.

—Sabes de sobra que no soy lesbiana, así que no te pases con tanto piropo porque no acabarás en la cama conmigo.

Reímos las dos a la vez.

—Un punto a tu favor que vale por tres, es tu iniciativa.

—Dale... ¿en qué sentido?

—Has decidido tener el empuje para conquistar a ese chico y eso lo es todo. Dice mucho de la clase de mujer que eres.

—¿Una salida que quiere terminar en la cama con un jovencito? —pregunté.

—No, qué va, para nada. Más bien una chica decidida. Para lograr lo que una quiere, hacen falta dos cosas: confianza y decisión. Tienes lo primordial para lograr tu objetivo. Me explico: si alguien decide adelgazar los quilos que ha ganado durante el invierno para mostrar

cuerpazo en verano, lo primero es aceptar el reto y poner todo el empeño en lograrlo; dieta, ejercicio... En tu caso tienes claro que deseas quedar una noche con Roberto, ¿no? La decisión la tienes tomada, simplemente te falta la idea para el empuje final. ¿Por qué no le propones un plan en concreto? ¿Cine? ¿Cena? ¿Baile?

—No me parece tan sencillo, Irene.

—¿Por qué? ¿Miedo al rechazo?

Solo me quedó afirmar con la cabeza, la cabrona de mi amiga acertaba con todo.

—No debes tenerlo, únicamente debes disfrutar de la experiencia.

—¿Disfrutar? ¿Cómo?

—Recuerda lo que hemos hablado: naturalidad, independencia, sensualidad e iniciativa...

Todo eso lo metes en una copa de globo, le echas tónica, ginebra y limón, lo remueves un poco y lo tragas con paciencia mientras coqueteas, juegas con tu mirada y buscas la complicidad en esa presa que seguramente lograrás con ilusión y empeño. Recuerda, no tienes prisa. La seducción debe ser un juego en el que las dos partes se diviertan y, tú, cariño mío, eres más *salá* que la mojama.

—Demasiada teoría —me quejé.

—Claro, cariño. ¡Claro! Por eso no tardarás en ponerla en práctica. Y vamos a empezar ya.

—¿Ya? ¿Ahora? —refunfuñé de nuevo.

—Sí, hija. A quien madruga, Dios le pone pepinos y huevos en la ensalada. ¿No era así el refrán?

Las dos reímos. Ella acabó lo que le quedaba de cerveza de un trago y me cogió de la mano. Sin dejarme escapar y con paso ligero, me llevó dentro del centro comercial.

CAPÍTULO 7

Las jornadas de compras con Irene siempre son entretenidas. Normalmente, cuando está sin familia, desata el máximo exponente de su diversión. Nunca dejará de ser aquella joven que conocí en el instituto: positiva, cercana, risueña y muy alegre. Creo que es todo lo contrario a mí, por eso le profeso un cariño infinito. Cuando se casó y tuvo familia, sucedió lo que tuvo que suceder: ella formó un hogar. Yo, al sentirme desplazada, me tiré de cabeza a ese pozo que construí con cierta soledad. Sí, lo reconozco. Fue lo más propio de una mujer inmadura, con el tiempo lo supe aceptar, pero no hice lo que estuvo en mis manos para reaccionar. ¿A qué me refiero? Es sencillo, en lugar de buscar el sendero de mi propia vida, quedé atrapada en una monótona existencia: trabajo, casa... un bucle que absorbió algunos años de mi vida; hasta ahora, el momento justo para reaccionar. Y, claro, siempre de la mano de mi apreciada amiga.

Fue una intensa tarde de entrar y salir en las tiendas de ropa, con varias bolsas llenas en nuestras manos. Compré siempre con la recomendación y asesoría de Irene. Tiene mejor gusto que yo para los vestidos y vestuario de fin de semana, lo reconozco. Salí contenta con mis adquisiciones, porque tras haberme probado todas ellas frente al espejo, me sentí guapísima y, sobre todo, feliz conmigo misma. La última visita que hicimos no me la esperé para nada. Irene se detuvo frente al escaparate de un comercio de ropa íntima. Yo no pude hacer otra cosa que perder mi mirada en el desnudo maniquí, estaba parcialmente cubierto por un bonito juego de sostén y unas diminutas bragas con encaje de color negro. Muy mono, todo sea dicho.

—¿A qué esperas? —me reprochó Irene al ver que no movía mi culo.

Suspiré profundo sin añadir nada más. Después, la seguí.

Una vez dentro, empezó de nuevo la interesante cháchara de mi amiga.

—¿Qué te parece este? —me preguntó mientras sostenía un diminuto tanga de color *beige*.

—No sé... —alargué la pronunciación con un siseo, cosa que me delató.

—¿Cuáles usas tú? —me interrogó con una estúpida pregunta, ella sabía que esa prenda no era de mi estilo.

—No uso ese tipo de ropa interior.

—¿Qué dices? Ja, ja, ja —se descojonó en mi cara.

—Y ahora, ¿se puede saber por qué te ríes? —De nuevo me sacaba de quicio.

—No es por ti, cariño. Sino por ese concepto arcaico que tienes de los tangas. ¿Acaso no te has dado cuenta de que ya no es ropa interior? ¡Ni que se tratara de una cortina! Ahora se muestra, es más exterior que nunca... —Volvió a reír—. Mira, cariño. Los jóvenes, ahora van

con los pantalones caídos para que vean la marca de sus calzoncillos; y las niñas, las niñas van asomando el hilo del tanga en pantalones cada vez más diminutos. Así que, Pepa, eso de ropa interior, no es una idea muy acertada.

—La externalización del sexo —aseguré de forma seria y tajante.

A Irene le hizo mucha gracia mi afirmación. Echó una risa muy profunda.

—Más o menos —añadió—. En cualquier caso, es cuestión de moda y, claro, la moda manda... al fin y al cabo somos unas *fashion victims*.

Le pedí que me sacara de dudas una vez más y ella se explicó.

—El vestido de color negro tan mono que te acabas de comprar —dijo señalando una de las bolsas—. Te pongo en situación. Al final, tras desatar tus artes seductoras, logras quedar con Roberto para cenar. Antes de salir de casa te peinas y te pintas como una modelo; te miras al espejo y estás superguapa. El vestido, escogido para la ocasión, te queda como un guante encajado en cada uno de los dedos, por lo que tu figura deslumbra.

—Ajá... —dije pensando.

—Total, llegáis al lugar indicado y la cena transcurre entre miradas cargadas de chispa y frases incendiarias. Vamos, un encuentro ideal que ha ido desatando en cada uno de vosotros la pasión, hasta el punto de que decidís tomar el postre en casa. Y, al llegar a allí, entre caricias y arrumacos, él te quita el bonito vestido y queda expuesto tu cuerpo ante sus ojos.

—¿Y?

—Y nada... ahí se rompe ese hilo de la atracción, porque la ropa íntima que llevas para la ocasión no es la más apropiada para empezar una batalla en la cama... ja, ja, ja. —Me tomó el pelo como a una mocosa.

—¡Serás...!

—No querrás que suceda eso, ¿verdad?

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—Pues entonces, Pepa, sigue la moda y déjame que te aconseje.

Le hice caso. No tardamos en escudriñar el género hasta encontrar lo que, según ella, iba a encajar perfectamente al vestido que acababa de comprar. En un primer momento me quejé ante su elección: un diminuto tanga negro (más bien era un hilo); le dije que no, de momento no me agradaba ese tipo de prenda. Me miró con cierta desaprobación, pero tras maquinarse en su cabeza un minuto, se dirigió con rapidez al fondo de la tienda. Regresó enseguida con un conjunto de sujetador y braga.

—¿Y esto? ¿Esto sí?

Lo cogí con mis propias manos. Lo examiné por todos los costados, tanto el sujetador como la braga.

—¿No es un poco pequeña?

—¡Qué va! Lo justo. Estilo brasileño, ideal para tu nueva entrepierna.

—No sé... —dije sin convencerme—. Creo que los cachetes del culo se me saldrán por los lados.

—De eso se trata...

Terminó convenciéndome. La verdad es que era un juego de ropa íntima muy bonito, fabricado con encajes. Sensual a la vez que *sexy*.

—Vale, ¿y si esto no funciona?

—Pues entonces te tocará ser más creativa y hacerle una Lewinsky —respondió riéndose.

—¿Una *lewis* qué?...

—¡Chica! ¡Mira que eres cortita! Lo que le hizo la becaria Mónica Lewinsky a su amado presidente Bill Clinton; una...

—¡No sigas! —la interrumpí abrumada—. No creo que pudiera hacer tal cosa.

—¿No lo has probado? —me preguntó asombrada.

—¡No! ¡Jamás!

—¿Se puede saber por qué?

Detuve la conversación un instante con la intención de meditar un momento. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Quizá por asco? ¿Sería por no haber encontrado el momento y hombre ideal? ¿O quizá por la sensación de llevarse a la boca un aparato que está destinado a otras tareas?

Al ver que no respondía, mi amiga lo hizo por mí.

—Tal vez no hayas dado con el tío que toca. Entiendo que así, soltado a lo bestia, pueda parecer una marranada. De hecho, confieso que yo lo practico, pero solo lo he hecho con mi marido. Disfrutamos el uno del otro, todo en base a un *quid pro quo*.

—¿Voy a tener que pedirte que me lo expliques? —dije con cierta indignación.

—No te pongas así, Pepa. Simplemente, es sencillo de entender. El sexo en la pareja tiene que ser sano: yo doy algo si tú me das otra cosa.

—Entonces...

—Pues cuando estoy con mi marido en la cama, nos convertimos en uno. Es decir, en los previos suelo hacerle una felación, porque sé que le gusta, y él, me devuelve esa tormenta con su lengua buscándome la fibra.

Irene suspiró de forma muy profunda.

—Por lo que intuyo que a ti también te gusta —le dije sonriendo.

—¿A ti no? —interrogó.

—Nunca me lo han hecho.

Mi amiga no me reprochó nada más. Añadió un último comentario para cambiar el tema.

—Deberías apuntarlo en la libreta de «Asuntos pendientes».

Sin decirle nada, lo hice. ¿Por qué me agradaba la idea de que alguien hendiera su lengua

en Pepita y en cambio me asqueaba pensar hacerlo a mí en un hombre? ¿Por qué? Y cavilé varias opciones; quizá no había descubierto a esa pareja que, como mi amiga y su marido, formaban la simbiosis perfecta para adentrarse en ciertas dunas con acento prohibitivo. Y la segunda, jamás lo había probado. Recuerdo que de pequeña me decían eso de «si no lo pruebas no sabrás si te gusta». Sonreí con valentía, por eso lo anoté.

Al final me decidí; el conjunto de sujetador y bragas iba a ser mío. Lo que no me esperaba para nada, mientras alzaba al aire la braguita para verla desde toda perspectiva posible, convenciéndome de que se trataba de lo que necesitaba, fue la intromisión por parte de un hombre.

—¡Guau! —dijo un extraño tras dar un grave silbido.

Me giré molesta para encontrarme con él. Cuando lo hice, casi me di de bruces contra el cretino.

—¡Tú! —dije.

—Siempre es un placer verte, bonita. Más aún cargada con tal arsenal —dijo sonriendo.

Se trataba del cretino del repartidor, Carlos. Iba vestido con la ropa de trabajo, arrastrando un carrito con cajas repleto de mercancía para la tienda. ¡Maldita coincidencia! ¿Por qué es tan pequeño el mundo?

—¿Qué haces aquí? —Lo sé, fue una pregunta tonta.

—Un viaje por el Mississippi —dijo riendo—. Pero tranquila, no quiero molestarte.

Irene se acercó.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó Irene con simpatía.

No contesté. Lo hizo él por mí.

—Me llamo Carlos. Soy el repartidor de... —hizo una pausa en la que contuve la respiración para que no dijese nada de lo que me había traído a casa—... Pepa.

Le tendió la mano a modo de saludo y ella se la estrechó.

—Disculpad, chicas. No quiero molestar y tengo que seguir trabajando.

El muy cabrón dibujó una sonrisa tan bonita y perfecta, que aparte de cautivar a mi amiga, lo hizo conmigo también. Se alejó de nosotras con paso torpe, esquivando a otros clientes del local, mientras yo permanecía en mutismo, pensando en esa sensación tan agri dulce que me había supuesto el reencuentro con él.

—Mira que eres puta... —apuntilló Irene.

—¿Cómo? —le pregunté asombrada.

—Nunca me has hablado de él. ¡Me parece muy majo! —dijo sin perderlo de vista—. Además, tiene un buen culo.

Por un momento no le respondí. Yo también tenía la mirada puesta en ese trasero que se alejaba de nuestras miradas. ¿Debo reconocerlo? Me mordí el labio inferior.

—Tan solo es un cretino... —le dije.

—Pues para ser simplemente un cretino te ha dejado sin habla.

Lo que dijo Irene fue cierto. Me dejó sin ningún tipo de comentario, sin pensamiento, completamente en blanco y con las bragas entre las manos. A partir de ahí, la jornada ya no tuvo mayor importancia.

CAPÍTULO 8

Creo que descubrí muy tarde el concepto de «Noche de chicas». No es que hasta ese momento no hubiera quedado con alguna amiga con la intención de salir hasta las tantas y pasarlo bien. En esa ocasión fue distinto, porque se trataba de una noche por y para mí, pues todo formaba parte del plan, de la formación de la nueva Pepa. Sí, esa que en las últimas semanas había estado entrenando para lograr la atención del sobrino de Asensio.

El preaviso de Irene fue claro y conciso: «Prepárate para una velada de infarto. Hoy tienes tu primera prueba de fuego, debes sacar a relucir tu yo más interesante y atractivo».

Si os soy sincera, antes de empezar a arreglarme, eché un vistazo a todas esas notas que había tomado en las sesiones de cháchara que había mantenido con Irene: psicología femenina y sexualidad. Me recuerdo sentada en el sofá, leyendo y subrayando ciertas palabras que consideré esenciales, mientras intentaba no perder el hilo. En cualquier caso, una escena bastante ridícula, pero es que yo me sentía así; una niña de más de cuarenta años que salía por primera vez de fiesta. Si en mi época de instituto hubo algún baile de graduación ni lo recuerdo. Pero os puedo asegurar que, si existió, no fue nada de película: ni chico, ni ramillete de flores, ni beso, ni tampoco polvo... A veces, la cinematografía, pone las expectativas muy altas. Quizá por ese motivo estaba como estaba, sentada en el sofá, con la libreta en las manos y los nervios de pecho para abajo apretando mis tripas; no era una sensación ni agradable ni precisa para la velada. Así que, antes de vestirme, intenté relajarme. Abrí una botella de vino y llené una copa hasta el borde. Pegué un trago hondo, casi la terminé. Después, con paso lento pero decidido, fui al baño. Dejé la copa en el lavabo y abrí el grifo de la bañera. Introduje en ella sales relajantes, el jabón no tardó en brotar del fondo para criar pompas que anhelaban explotar en el cuerpo de alguien; yo era su objetivo. Me detuve frente al espejo y observé con detenimiento mi reflejo. Sí, era yo. Más guapa que nunca, aunque sin arreglar. Mis ojos, que también eran los míos, parecían destellar la ilusión que anidaba dentro de mi ser. No pude evitarlo y, antes de quitarme la parte superior del pijama, sonreí. Cuando vi mis pechos en el espejo, me los acaricié de forma instintiva. Pasé la mano por encima de ellos, dibujé círculos en las aureolas para hallar un tremendo chispazo en la punta de los pezones. Seguidamente, deslicé el pantalón del pijama hacia abajo... la chica del espejo, preciosa y anhelada de sentir, era yo.

Varada en la soledad de la bañera, mis piernas y mi busto se convirtieron en tierra indígena deseosa de ser conquistada. Y, mientras yo cerré los ojos para expulsar de mi ser todas las contradicciones del mundo, caí rendida como las hojas de palmera tras una horrible tormenta caribeña. A veces, la calma dibuja poesía en nuestros miedos más íntimos.

A las ocho y media de la tarde, más precisa que un fichero, Irene me enviaba un mensaje de voz para decirme que me esperaba en la calle. Salí tan decidida, que ni siquiera me miré al espejo del recibidor. El reconfortante baño exfolió todas y cada unas de mis inseguridades; no hice inventario, pero no eran pocas.

—¡Si no fuera porque yo escogí el vestido, no te hubiera reconocido! —dijo Irene asombrada.

—No seas tonta —me quejé.

—No, en serio, chica. ¡Estás espectacular!

Cierto era que el vestido lo escogió mi amiga. Me estaba perfecto. Pero ella había obviado una cosa: yo me había arreglado, el tema de maquillaje y peinado fue cosa mía. Sin su ayuda.

—Me encantas.

Me resultó tan sincera su respuesta que no añadí nada más, sonreí como hacía tiempo que no lo hacía.

—¿Noche de chicas? —preguntó ella emocionada.

—¡Noche de chicas! —afirmé orgullosa.

Y cogidas del brazo, avanzamos por la céntrica calle entre risas y deseos de pasarlo bien. Allí, aunque no me lo hubiera imaginado, iban dos mujeres de verdad: mi amiga, que indiscutiblemente lo era, y la que ella había pulido con su amistad y empeño: yo misma.

La cena en el italiano fue el preludio de una velada fantástica. Entre deliciosos entrantes y rosado espumoso de Lambrusco, no paramos de chismorrear cosas irrelevantes, pero que nos hacían mucha gracia. Como, por ejemplo, el horrible cuadro con paisaje toscano que, Giorgio, el dueño del local, había pintado con sus propias manos. El vino nos animó tanto, quizá más de la cuenta, hasta el punto de convertirnos en comisarias de arte que, en lugar de vislumbrar en la pintura lo que en apariencia era una masía rodeada de vistosas flores, apreciábamos trazos cargados de color sin más sentido que el de ver una bandeja cargada de queso y chorizo. «Casa la mía mamma», nos decía con orgullo a golpe de pecho. Por lo visto, es lo que tiene el arte, que es expandible hasta más allá del infinito. Nunca lo entenderé. También reímos por batallas de infancia. ¿Qué sería de una quedada con una amiga sin sacara a relucir viejos recuerdos? Sí, esos que se graban en la cabeza y el corazón a pesar de los años. Y, en ese momento, entre trago y mini tostadas con *formaggio*, no fue difícil evocar el entusiasmo de la joven Irene cuando sintió un beso húmedo en la boca por primera vez. Yo disfrutaba como una niña con un juguete nuevo,

cada vez que me recordaba con un tanto de decepción, aquel horrible morreo que le dio su amor platónico en la oscuridad que habitaba en la enorme era tras el colegio. «Para que no me olvides nunca», le dijo el cretino en tono chulesco y vacilón. Y le resultó tan repugnante, excesivamente húmedo, escurrido y perdido de comisuras de labios para afuera, que jamás de los jamases olvidaría esa sensación de madalena bañada en leche; ella misma, por aquel entonces, usó esas mismas palabras para contármelo. Pero, para que no penséis que soy una estúpida, también hablaré y confesaré algo de mí misma, de lo que ella y yo nos reímos cada vez que se presenta la ocasión. Aquella vez, en los ochenta, mientras ambas mirábamos a los chicos del barrio jugar al fútbol, uno de ellos, algo más mayor que nosotras, se acercó a mí y me preguntó por mi nombre: «Pepa», le dije; y él, con una sorna que no llegué a imaginarme, me contestó:

—¡Anda! Y yo me llamo Pepe.

—¿Pepe? —pregunté atontada.

—Sí, ¡el de los huevos *repes*! —gritó enloquecido, a la vez que se bajó los pantalones y vi por primera vez en la vida un enorme y peludo pene con dos bultos colgando. ¡Ese arte de seducción masculino!

Ya, en el postre, mi amiga se dio cuenta de que al lado de nosotras, un poco apartada de nuestra mesa, había otra con cuatro comensales. Yo también había sido capaz de fijarme que uno de ellos, cada dos por tres, nos miraba. Realmente era una mirada seductora, con cierto aire de picardía. Me di el placer de aguantar su vista en mí en varias ocasiones.

—No está nada mal... —me dio a entender—. No para de mirarme...

Me reí.

—¿Qué pasa? ¿Qué te hace gracia?

—De nada, perdona.

Entonces, ella, le devolvió la mirada con una sonrisa. Fue justo ahí cuando él se levantó y se acercó a nosotras.

—Hola, chicas. ¿Puedo sentarme?

—Claro. —Irene le dio permiso.

De cerca, el hombre era más atractivo que de lejos. Moreno, de mentón prodigioso, barba sombreada de un par de días y bonita sonrisa. Se sentó justo al lado de mi amiga.

—Mi nombre es Héctor.

—Irene y Pepa —dije yo.

A mi amiga le extrañó demasiado que tomase la iniciativa. Héctor tendió la mano para saludarme a mí primero, después a mi compañera.

—¿Pepa? —preguntó quedando mi amiga en segundo plano—. Es un verdadero placer.

Lo miré de nuevo a los ojos, usando mi sensualidad. Recordé que Irene me dijo que poseía una mirada atractiva y, como buena pupila, usé el recurso. Creo que atravesé sus ojos, porque sentí toda su bioquímica entrando en mí misma con la intención de crear un leve suspiro que contuve con pericia.

Él, jaleado por sus colegas, se puso en pie para regresar a su sitio. Evidentemente no era un buen lugar para que sus amigos empezaran a hacer el orangután.

—¿Nos veremos después? —me preguntó a mí en concreto.

—Puede... la ciudad es pequeña y la noche larga. —Sonreí.

Héctor, alentado por mi respuesta, regresó a su mesa. Desde lejos, me regaló una última mirada que obvié justo en el momento necesario.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —preguntó Irene.

—Ya sabes que no soy muy lista, pero creo que te han dado calabazas.

Me reí.

—¡Joder! ¡Pues eso parece!

Sin que ella pudiera agregar nada más, brindamos, bebimos y reímos ante lo que para mí ya era una victoria.

Cuando quisimos darnos cuenta era tarde. Héctor y sus amigos se habían marchado. No me dijo nada, por lo que me desilusioné un poco. Ese despecho me llevó a meditar la posibilidad de largarme a casa, pero pronto me contagié del entusiasmo de mi amiga y decidimos cambiar el restaurante por un lugar de copas que estaba de moda.

No tardamos más de quince minutos en llegar. El sitio estaba concurrido. Hay que ver lo que hace la moda con estos garitos: un día están en la cumbre con la sala abarrotada y, al siguiente, se ven repartiendo *flyers* y regalando chupitos para lograr clientela. No me gustan nada los lugares abarrotados. Al entrar, sentí todo el calor humano apretando mi pecho: la ansiedad. Irene lo notó. Me cogió de la mano y, apartando a la gente, llegamos a un sitio que estaba un poco más libre. Me dejó allí sola, mientras ella pedía un par de copas. Regresó al cabo de un rato.

—A estas invito yo.

—¿Qué es? —quise saber, no suelen gustarme las bebidas alcohólicas.

—Bebe y calla —se quejó.

A esas alturas de la noche, tras el vino, varios chupitos de *limoncello* y la copa que teníamos entre las manos, el furor ya se dibujaba en nuestras caras. Bailamos al ritmo de varios triunfitos y otros tantos temas de artistas que yo desconocía. Aunque daba lo mismo, Irene y yo berreábamos las canciones como si fueran de nuestro propio repertorio. Tras un largo rato de

guateque, dejé a mi amiga sola un momento. Fui a la barra a pedir, no es porque me tocara a mí invitar, sino porque necesitábamos esa copa para calmar el calor que llevábamos sintiendo desde hacía un rato. Tuve mala fortuna y, la verdad, no sé distinguir si el encontronazo que tuve contra otra persona fue debido a la poca luz del *pub* o, simplemente, al mareo que llevaba por culpa del excesivo alcohol. Permitidme que lo dude por eso de la vergüenza ajena, pero si tuviera que apostar, seguro que pondría todos mis ahorros a la Opción B: «Bebida como una cuba».

—Perdón, lo siento —me excusé.

Al alzar la vista me topé de frente con él. Se trataba de Héctor. ¿Era posible que su atractivo deslumbrase más en la oscuridad del garito?

—¡Tú! —dijo él sonriendo—. No pasa nada, no te preocupes.

No respondí, lo imité y sonreí. De nuevo volví a utilizar mi mirada y, para la ocasión, me mordí el labio inferior mientras le dije una cosa que jamás hubiera creído poder decirle.

—Eres muy mono...

—Supongo que será un cumplido, ¿no? —Eché una carcajada.

Me acerqué a él. Quizá el alcohol había desatado en mí la nueva versión de mujer lanzada. Sí, seguro que fue eso. Le susurré al oído, a la vez que sentí su brazo envolverse por la cintura.

—Voy al baño...

Me aparté de forma muy sensual. Después, sin mirar atrás, me dirigí al aseo.

No lo vi, pero supe que me seguía. Me cercioré de ello justo cuando me detuve en la puerta. Me giré, me topé con él y nuestro magnetismo hizo el resto. Héctor se acercó a mí. Me cogió con ambas manos por la cadera y acercó su boca a la mía. No puse ningún impedimento. Rocé sus labios contra los míos, para que poco después su lengua se encontrara dentro de mí: dulce, delicioso y anhelado. Al cabo de unos minutos nos despegamos. Él, sonriente. Yo asombrada por el bulto sobredimensionado que acababa de notar entre su pierna.

—¿No ibas al baño? —me preguntó en tono divertido.

Miré a un lado; después al otro. Y a pesar de la multitud que había allí, le empujé dentro. Después fui yo.

Solos, me encargué de tirarlo contra la puerta, para que nadie pudiera entrar. Allí, empezamos a besarnos. Le mordisqueé el cuello, desprendía un agradable aroma. Sus manos magreaban mi trasero, hasta que una de ellas se atrevió a ir un poco más lejos y se escurrió bajo mi vestido. ¡Qué delicia! Noté cómo me agarraba el culo con fuerza, sensación tan excitante que me provocó un gemido; le mordí cachonda. Mientras mi pulso se aceleraba, introdujo un dedo en mi sexo. Sé que buscaba el clítoris, porque no detuvo el movimiento hasta que llegó al punto indicado.

—Estás muy caliente, Pepa.

Se acordaba de mi nombre y me sentí satisfecha.

—¿Entonces? —le pregunté apartándome de él.

No dijo nada más. Con cierta delicadeza me puso contra la puerta. Él se arrodilló. Después, subió mi vestido. Al ver mi ropa interior, *sexy*, suspiró de gozo. Me encantó su mirada desde el suelo. Me supo a éxito total, porque pude ver en sus ojos pedirme permiso, como un sumiso a su dueño para darle placer. Eché una sonora risotada que rebotó en las cuatro paredes del baño. Él, sabiendo lo que tocaba, me quitó las diminutas bragas, quedando mi plácida amiga, Pepita, a escasos centímetros de su boca. Acercó sus labios a mi pubis y lo besó con detenimiento. Entonces escuchamos ruidos en el exterior, supimos que no era momento de recreaciones, que había que apagar el fuego de mi interior con urgencia. Indicado por él, separé mis piernas y me comió... ¡Vaya si me comió!

¿Sabéis de esa sensación excitante que sobreviene cuando uno experimenta lo prohibido? Estar a solas en el baño, con mi amante, mientras me hacía sentir cual Cleopatra infundiendo gozo y atracción a sus soldados, fue lo mejor que me ha pasado en la vida. Porque Héctor fue mi víctima, porque le había seducido y había ganado a pulso cada lametón que me daba en clandestinidad. Sí... ¡Oh, sí! Con sus lengüetazos sentía el calor recorrer mi cuerpo para acabar en las puntas de mis pezones; los noté puntiagudos, justo en el mismo instante que alguien intentaba entrar en el aseo. La mezcla de estar haciendo algo incorrecto mientras me devoraban, demostrándome devoción, provocó que tuviera un orgasmo incontrolable y me corriera en la boca de Héctor. Se dio cuenta de ello, de que había acabado, justo cuando la sal de mis mares se perdió por el interior de su garganta.

Con rapidez, guardé mis bragas en el bolso y bajé mi vestido. Le ayudé a levantarse del suelo. Cuando lograron abrir la puerta salimos de allí a toda prisa, sin detenernos a escuchar los reproches de la gente.

—Eres genial —me dijo.

Acerqué por última vez su boca a la mía y le besé. Mi lengua se perdió entre la suya. Después, me aparté de él, sin mirar atrás, para siempre.

Tardé un rato en encontrar a Irene. Se había movido por el *pub* buscándome.

—¿Dónde estabas? —me preguntó un tanto preocupada.

No dije nada. Abrí el bolso y, con una sonrisa de chica mala, le enseñé las bragas.

El resto de la noche transcurrió entre copas, preguntas por parte de mi amiga y, sobre todo, felicidad. La vida tiene esas cosas, a veces te encuentras a ti misma en el sitio más sucio de la ciudad.

CAPÍTULO 9

A partir de los cuarenta años, tras una noche de fiesta, la resaca es insufrible. La proporción equivalente a los daños sufridos por el alcohol debe ser aproximadamente esta: por cada hora de fiesta, un día que te pasarás tirada en el sofá hecha polvo, recuperándote. Y es que la sensación es como si una apisonadora te hubiera chafado el cuerpo de manera repetida: adelante, atrás, adelante, atrás... con el puñetero e incesante «PI, PI, PI, PI, PI» incrustado en tu cerebro. No negaré que allá por el Pleistoceno, en alguna que otra ocasión, llegué bebida a casa. Y al día siguiente, sin poder hacer nada, notar los típicos estragos: leve dolor de cabeza y malestar general durante la jornada, cosa que no fuera capaz de solucionar un ibuprofeno. Pero ¿a partir de los cuarenta? ¡Ni una caja entera te ayuda! De verdad, tras la noche de chicas no me quedó cuerpo ni alma para seguir con mi vida diaria. El día posterior a la fiesta, recuerdo que me levanté en el sofá. La noche anterior ni siquiera fui capaz de llegar a la habitación para echarme a dormir. Por lo visto, porque en realidad no me acuerdo, llegué y me dejé caer en el primer sitio que pude. Desperté sobre eso de las cuatro y media de la tarde, sin hambre, con la boca pastosa y una terrible jaqueca. Cuando llegué al baño y vi mi cara en el espejo, con el maquillaje corrido por toda la cara, no pude hacer otra cosa que resoplar de mala gana. Poco más hice: tomarme una pastilla para el dolor y darme una ducha reconfortante.

Cuando me sentí limpia y decente, cogí el teléfono móvil para cotillear las notificaciones de Facebook e Instagram que me pudiera haber perdido. ¡Ocho llamadas perdidas de Irene y cerca de una decena de wasaps suyos, cargados de emoticonos:

🐼🥰🐼🥰🐼🥰🐼🥰🐼🥰🐼🥰🐼🥰🐼🥰

Me costó reaccionar un rato y, cuando lo hice, decidí llamarla para saber si todo estaba bien.

Tras un tono cogió la llamada.

—Pepa, ¿estás viva? —me preguntó.

Me rasqué la cabeza. El dolor se negaba a abandonarme.

—Sí, creo que sí. Aunque no estoy para charlas. ¿Te ocurre algo? —pregunté por haber visto tantas llamadas perdidas.

—No... bueno... —mi amiga dudó en qué decir.

—¿Quieres decidirte de una vez? —le dije un poco impaciente, estaba logrando ponerme histérica.

—Estás lista y estoy orgullosa.

Yo no me enteraba de nada. A pesar de la ducha, permanecía adormilada.

—Irene, estoy que me caigo de sueño. Ahora mismo no me encuentro para enigmas.

Mi amiga echó una risotada.

—¿De qué te ríes?

—¡Vaya! Veo que todavía no has recordado lo de ayer.

—Ayer... —musité—. Ayer... ¡Hostia! —Me vino todo a la memoria.

—No quiero molestarte, solo decirte una cosa... —Hizo una breve pausa y después añadió—: Estás preparada para cazar a tu verdulero.

—Pues si no quieres molestar, cuélgala y hablamos otro día. Ahora mismo no estoy para planes ni cábalas.

—Eres una pupas, Pepa. ¡Cómo se nota que no tienes que lidiar con la familia!

—En días así, lo agradezco.

Antes de darle tiempo para la réplica, le colgué. No tardó en sonarme el wasap avisándome de la llegada de un nuevo mensaje de mi amiga:

🐣🥰🐣🥰🐣🥰🐣🥰🐣🥰🐣🥰🐣🥰🐣🥰

Tras leerlo no tuve más remedio que sonreír. Antes de dejarme caer en la cama hasta el día siguiente y levantarme a trabajar, bocabajo, con la almohada cubriendo mi cabeza, me dejé llevar un rato por la vivencia de la noche anterior; el extremo cansancio me venció, mientras sonreía al recordar al guapetón de Héctor entre mis piernas. Me pregunté si volvería a verlo algún día, pero no llegué a responderme. Agotada, quedé dormida sin remedio.

Ya no os hablo en concreto del día de después, sino más bien de la semana. ¡Se me hizo eterna! Irene intentó quedar conmigo en varias ocasiones. Me decía que quería saber de mí, pero yo supe que tenía dispuesto el polígrafo en marcha para sonsacarme hasta el último detalle de lo que ocurrió en el baño la noche de fiesta. No me veía con ganas de darle explicaciones. Además, tampoco es que me encontrara demasiado bien para salir. El dolor de un sábado se me hizo extensible para el resto de los días de la semana. Entre ibuprofeno y paracetamol, alternándolo por aquello de la creencia de que abusar de un tipo de medicamento es malo, intenté sobrevivir. Tuve bastante tiempo para meditar. A pesar del dolor que permanecía incrustado en cada uno de mis músculos y huesos, la sesera la tenía bastante sana para recordar. Y, como si se tratara de un documental gráfico de televisión, empecé a vislumbrar en mí misma la metamorfosis que había sufrido durante los últimos meses. Sonreí, lo hice porque la chica que veía en el reportaje no parecía ser yo. Se asemejaba a otra mujer, valiente, que cierto día cogió las riendas de su vida para dirigirla hacia otro rumbo. La protagonista siempre fue bella, pero con el paso de los días ganó tal confianza que esa chica terminó de pulirse. Prueba de ello fue la conquista que, sin pensar en lo más delicioso de su captura, le dio a entender de que estaba lista para cualquier tipo

de reto. Y, esa fémina, la que aparecía en su mente como un exclusivo *reality show*, no se trataba de otra persona que ella misma. Se dio cuenta justo al final, cuando la cábala se difuminó y en los créditos aparecía su nombre:

«*Starring*: Pepa Gómez Tejero».

Si la protagonista podía hacerlo en la película, yo también. Estaba decidida.

Pronto los días tornaron a la normalidad. Sí, esas horas que se mueven entre el trabajo y casa. Y, aunque la cotidianidad hacía pasar las jornadas sin más, no me permití olvidar quién era yo y lo que estaba dispuesta a conseguir. Procuré acudir todas las veces que pude por la tienda del barrio. Según la lista de compra, las frutas y hortalizas formaron parte indispensable de mi nutrición. Este exceso de vitamina, con las consecuentes visitas a la tiendecita del tío de Roberto, me permitió entablar cierta confianza con el jovencito. En unas pocas semanas me enteré lo que le estaba costando el compaginar los estudios y el trabajo; incluso, también supe que no pasaba un buen momento por «rollos familiares»; él mismo me lo confesó con esas palabras. Se trataba de una discusión con su padre, pero es que su belleza me cegaba tanto, que muchas veces era incapaz de ver más allá o prestar atención a varias frases suyas enlazadas. Adonis, Hércules, Jason Statham, Jason Momoa... él, Roberto, era una mezcla de todos ellos; un batido agitado violentamente con lo mejor de esos tipos duros. Cada vez que sonreía alentado por alguna de mis bromas, cualidad que también descubrí en mí, lograba que mis bragas se deslizaran poco a poco piernas abajo. Por suerte nunca llegaron a caerse del todo y tener que regresar a casa caminando como un pato.

Recuerdo que cierto día encontré a Roberto apesadumbrado. La tristeza nunca le sienta bien a nadie, pero a él mucho menos. Poseía ese tipo de aura que contagia felicidad; el típico ser humano que transmite sosiego al resto. Por eso, porque nunca lo vi triste y esa infelicidad no tardó en contagiarme, me interesé por él.

—Roberto, ¿estás bien? —le pregunté a la vez que puse la mano en su pecho. Pude notar su agitación.

Creo que con mi gesto de condescendencia sintió que podía refugiarse en mí.

—No demasiado, Pepa —su sincera confesión me conmovió.

—¿Es algo de salud? —me interesé.

—No... —Hizo una breve pausa—. Aunque si fuera eso, quizá sería mejor.

Me acerqué a él y le acaricié el pelo. Notó mi cariño con mis arrumacos.

—Si necesitas hablar, puedes contar conmigo.

Esto suele ser lo típico que se dice cuando encuentras a alguien débil, pero sabe Dios que lo dije con toda la buena fe del mundo. El gesto no entraba dentro de mis planes de conquista.

El chico sonrió y me devolvió la caricia.

—Muchas gracias, Pepa.

El volver a ver en él una mueca de alegría me revitalizó.

—Si te apetece, podemos quedar una tarde para tomar algo y me cuentas. Dicen de mí que soy muy buena escuchando. Muchas veces necesitamos a alguien con quien poder soltar lastre. —Por un momento me vi reflejada en mi amiga Irene, cuando me suelta la chapa.

—Estaría bien y me apetece salir un poco de aquí. Desde que llegué a la ciudad, entre estudiar y trabajar, aún no he tenido oportunidad de despejarme —respondió con desahogo.

Y así, con una oportunidad que no me esperaba, logré una cita para el siguiente viernes con el jovencito que me ponía en celo. Me atormentaba un gran dilema, si aprovechar o no la ocasión.

El viernes, a las ocho de la tarde, Roberto y yo quedamos en vernos en una cervecería que hay próxima en la zona en la que vivo. Me hubiera gustado citarme con él en otro lado más apartado, pero insistió en que el lugar le gustaba y era perfecto. Llegué poco antes de lo acordado. Lo hice luciendo uno de mis vestidos nuevos, un poco de maquillaje y ese rímel que hace mis pestañas tan largas que los hombres se imaginan balanceándose en ellas. Quizá iba demasiado arreglada para un café, o tal vez una cerveza. Porque en realidad no había quedado muy claro el fin de la cita. Pero para el caso me dio lo mismo y me lo jugué todo al color negro, el de mi vestido y ropa interior. Desde semanas atrás se había convertido en mi color de la suerte.

Cuando él llegó, puntual, yo ya había tomado una de esas cervezas que tanto le gustaban a mi amiga Irene. Al entrar por la puerta y verlo sin el típico delantal que vestía en la verdulería, me cautivó por completo. Roberto era guapo, extremadamente guapo. A pesar de haberlo visto innumerables veces durante los últimos meses, no llegaba a acostumbrarme a esos ojos verdes; destacaban en su tez morena. Me levanté para darle dos besos. Él, a la vez que se agachó para poder besarlos, me agarró con sus enormes manos por la cintura. El contacto me electrizó. De su cuello se desprendía un ligero perfume, el justo y necesario para desatar mi instinto carnívoro. Al verme que yo había llegado antes que él, se sintió un poco desubicado y me pidió perdón.

Empezamos con una charla banal y, tras varios tercios de cerveza, la conversación se tornó más íntima y precisa.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunté suponiendo que él sabría a qué me refería.

Dio un nuevo trago al botellín de doble lúpulo. Después, se encogió de hombros e intentó explicarse.

—Estoy corriendo tiempos difíciles.

Clavé mi mirada en sus ojos, siempre con la intención de que se encontrara cómodo con

mi presencia. Creo que lo logré cuando él continuó con su historia.

—Hay días en los que creo que no ha sido nada bueno venir a esta ciudad.

—Ya, entiendo. Debe ser complicado dejar atrás a la familia y pensar en diversos frentes.

—Sí, bueno... no es el trabajo. Estoy muy agradecido por la oportunidad que me ha dado mi tío. Es un gran hombre.

—Lo es...

—El caso es otro.

Por el repentino cambio del gesto de su cara, entendí que se trataba de algo peor. Supe que no era momento de ahondar en sus males, así que alcé la cerveza y pedí un brindis.

—¡Pues a la mierda! —exclamé.

—¡Eso! ¡A la mierda! —añadió él riéndose.

Bebimos y, al poco rato, él se fijó en mí. Noté ese tipo de mirada que se resbala en una persona de arriba abajo, escudriñando rarezas que no son habituales en una persona. Los ojos, los míos y los suyos, se toparon en cierta ocasión. Fue divertido.

—Estás preciosa.

Sentí el halago en mis mejillas e intenté controlarme. Según lo que me había explicado Irene semanas atrás, era yo la que mandaba en este *flirt*. Dejé la botella que acababa de quedar vacía sobre la mesa e intenté continuar con su mismo juego.

—La ocasión no es para menos —le solté.

—¿A qué te refieres? —intentó indagar Roberto.

Me levanté para ir al baño y le hice otra petición.

—Una cerveza más y te lo cuento.

—Serán dos... —dijo en tono jocoso.

Mientras él pedía las bebidas, me dirigí al servicio con la intención de aliviar la vejiga. Pero el propósito era más bien otro. Tenía que ver una vez más a la chica del espejo, a esa que en casa había empezado a saltar entre adoquines con la seguridad y certeza de que jamás volvería a caer ante un chico. Tras hacer mis necesidades y lavarme las manos en el lavabo, me miré al cristal. Saqué del bolso un poco de pintura para el contorno de los ojos y realcé nuevamente los sitios que se habían despintado por culpa del buen rato que estaba pasando con Roberto. No tardé en quedar perfecta, el espejo me lo hizo ver. Después, el reflejo, convencida de sí misma, me animó a salir de allí con paso decidido e ir a por todas con mi cita. Noté una sensación explosiva de vientre para abajo al recordar el *coñolingu*s (lo llamo así desde que descubrí su nombre impronunciable) de días atrás; y la imagen de Roberto sustituyendo a Héctor, aumentaba unos cuantos grados de temperatura en el termostato que había en mis bragas. Suspiré hondo, lo necesitaba. Salí enfilada hasta él.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve... Tras salir, no pude dar más pasos.

¡Quedé petrificada! Mi sitio estaba ocupado por un afroamericano; su frondoso y rizado pelo negro, destacaba en aquella escena en la que dos hombres, Roberto y ese chico de color, desconocido, permanecían muy próximos, uno justo al lado del otro. Sus manos jugueteaban unas con las otras bajo la mesa, en un concierto de caricias que no era muy normal. Mientras él, mi cita, acercaba su boca a la oreja del otro. Y estoy segura de que fue una canallada lo que le susurró, porque segundos después, el moreno se abalanzó sobre los labios de mi joven gallego para comerle la boca con cierta pasión, aunque intimidados por el lugar. Yo no pude hacer nada más que permanecer perpleja ante lo que acababa de ver. ¿Mi Adonis, Hércules, Jason Statham, Jason Momoa era *gay* o simplemente había sido fruto de mi imaginación? Quise engañarme. Pero no, fue así, tal cual lo había visto. Después del arrumaco que se dieron, el desconocido se levantó y se marchó. Roberto, que me vio desde la distancia, me sonrió y me pidió que me acercara. No pude reaccionar, estaba disgustada conmigo misma, pero tampoco me paré a pensar en ese mismo momento. Me aproximé a mi sitio y volví a sentarme con un gesto un tanto decepcionante en la cara.

—¿Qué te parece Ndeye? —me dijo a la vez que me ofrecía un nuevo botellín de cerveza.

No supe qué contestar. Así que bebí y bebí hasta que él me sacó de dudas.

—Es mi chico...

Al final, las cosas, si no por A son por B y acaban por salir a la luz. Y pese a que yo observé el morreo que se dieron ambos, me alegró saber que no había sido una alucinación mía. ¡Menuda decepción! Intenté que no se notara el enfado que tenía conmigo misma. Ya no por el hecho de haberme sentido atraída por un hombre al que le gustaban los varones, sino por haberme ilusionado con algo que ahora se veía que sí era imposible, con todo lo que había trabajado para ello.

—Este es el problema que me amarga, Pepa —se confesó bajando la mirada al suelo y me resultó difícil no empatizar con él.

Le cogí de la mano y me miró a los ojos.

—¿Ser homosexual es un problema? —dije insegura de pronunciar tal calificativo.

—Para mi padre, que es un neandertal, sí lo es. No sabes el desprecio que he sentido por su parte desde el día que tuve el valor de confesarle mis sentimientos. En realidad, estoy en esta ciudad por tal motivo...

—Y tu madre, ¿qué dice de todo el asunto?

Creo que no fue una pregunta muy acertada. Se echó a llorar. Me sentí tan disgustada, que olvidé por completo el por qué estaba allí sentada. Le ofrecí un pañuelo de papel e intenté calmarlo.

—Eso es lo que más me fastidia de todo el asunto, Pepa.

—¿Tampoco lo acepta?

—Nunca lo sabré y me amarga. Murió cuando yo tan solo tenía catorce años. El cariño que me daba todos los días, me habría dado el valor suficiente para confesarle mi orientación sexual. Sí, ella lo habría entendido. En cambio, mi padre...

—¿Qué pasa con él?

—No es por excusarlo, pero se le juntaron demasiados frentes: la muerte de su mujer, deudas por un negocio que en tiempos modernos no funciona y, para colmo, el maricón de su hijo...

No me gustó sentir esa despreciable palabra de su boca. Así se lo di a entender.

—¡No digas tonterías!

Me miró y le respondí con ternura. Le acaricié de nuevo la mano. A continuación, le ofrecí la bebida.

—No soy de las que aboga de ahogar las penas en alcohol. Pero ¿sabes qué?

Se encogió de hombros.

—Brindemos por Santa Escoria.

—¿Qué dices?

—Homófobos, xenófobos, machistas, hembristas, corruptos, ladrones... mi brindis por ellos, para que se vayan todos a la mierda.

Roberto se sumó a mi proclama y con gesto divertido chocó mi cerveza contra la suya: «¡A la mierda!», añadió.

Lo que continuó después, alejados de resentimientos y reproches, se convirtió en una agradable conversación en la que descubrí a un chico interesante. Él, pese a ser ese jovencito guapetón y de aspecto delicioso, me mostró que, tras ese apetecible envoltorio, su corazón humano guardaba historias y vivencias increíbles. Sí, era homosexual y se me acababa de destrozarse el plan, pero no me importaba. Si no hubiera descubierto a Roberto, quizá no sería la mujer en la que me convertí. Por eso, tras una velada magnífica en la que terminamos por despedirnos abrazados, le sonreí. Lo besé en ambas mejillas y le dije a pleno pulmón: «Gracias». Y, mientras me distanciaba de él con paso lento y con la mirada perdida en las estrellas que acababan de aparecer en el cielo, él se quedó mirando el andar de una mujer que en cierto sentido quedaba un poco destrozada; no por su plan, porque se había dado cuenta de que ese fin era una tontería, sino por la misma soledad fría que aleja a las personas de la calle a las altas horas de la madrugada.

CAPÍTULO 10

Despertar y ver que la vida, a pesar de todo, continua, es una sensación magnífica. Nacemos con el conocimiento de que solo tenemos una y, cuando se aprende a sacarle el máximo provecho, se estrujan los instantes de los días, horas y segundos. Y, aunque la cotidianidad en los tiempos que corremos es un mal necesario, aprendes a valorar el sentido de la existencia, con el amor por la gente que te rodea, por los amigos, por los compañeros, e incluso por el trabajo. Solo se trata de absorber lo bueno y dejar a un lado lo malo, para aprender a ser mejor persona. Odio, acoso, resentimiento, son la decadencia de una sociedad que no sabe quererse: mucho moler el grano para después no filtrar los despojos.

No sabemos respetarnos y el respeto empieza por una misma. Me refiero al aprendizaje que cierto día me enseñó la chica del espejo. El día que sientas la necesidad, ponte frente al cristal. Mírate, salúdate y acéptate, porque esa mujer de cara seria que poco a poco va transformando una sonrisa en su boca eres tú; sí, tú. Con tus miedos particulares, como todo el mundo, pero con el valor suficiente para enfrentarse a ellos.

Reconozco que lo peor que puedo sentir es la soledad. El no tener a nadie esperándome en casa para compartir risas y enfados, con los pertinentes polvos de reconciliación. Aunque duele, tampoco voy a volverme loca. Tengo mis recursos: cuando estoy aburrida y no puedo salir con las amigas, me aprovecho de mis aficiones: leer, escribir, ver películas... Si siento que esa soledad se expande y se hace tangible, me masturbo. Sí, lo hago. Y, aunque a veces recurra a excitantes fantasías, otras veces simplemente me toco por aquello de desterrar el despecho que habita en mí. A pesar de que pueda resultar ridículo y tonto, un buen orgasmo funciona. La receta no es que sea muy complicada. Ya no hablo de juguetes que te ayuden a tal fin, sino como dije poco antes, se trata del amor propio, de exorcizar ese miedo a la soledad; y para el caso, funciona. No es que esté haciendo apología del *unamismo*. Toda maquinaria necesita un *reset* de vez en cuando. Los seres humanos, al fin y al cabo, no somos más que máquinas que sudan y sangran.

Podría excusarme por toda la chapa que os he dado. Quizá hayáis notado un tono melancólico o incluso de decepción. Para nada se trata de eso, sino que es cuestión de vivir el momento al estilo «Es lo que hay...».

¿Te has metido en la ducha y cuando te has mojado el pelo te acabas de dar cuenta de que no hay champú? Es lo que hay... cierra el grifo, ponte el albornoz, sal y busca un bote nuevo.

¿Te han dado plantón a última hora y tenías expectativas de una gran cita? Es lo que hay... sal a pasear y date un capricho.

¿Te has enterado de que el joven que te gustaba es homosexual? Pepa... te jodes. ¡Es lo que hay!

Tardé en contarle a Irene lo sucedido con Roberto. El horrible hallazgo me hizo sentir durante unos días un tanto estúpida. Además, no le dije que había quedado con él para tomar unas copas. Por eso tuve el tiempo suficiente para meditar sin que Pepita Grillo pudiera intentar rayarme la cabeza con estúpidas preguntas y conjeturas; siempre a buena fe, eso sí lo tengo claro. Cuando decidí hablar con ella, ya lo tenía tan asumido, que no me molestó su *interview*. Irene, aunque no conocía de vista al joven, quedó asombrada por la situación al igual que yo. Tampoco me sulfuré por preguntas al estilo «¿No se lo notaste?»; y es que una tan solo puede echarse a reír ante este tipo de cuestiones. Somos básicas hasta para eso, para juzgar a una persona por sus hábitos, modales y vestimenta. Me sentí mejor al confesarle que en un primer momento estuve muy decepcionada conmigo misma por el hecho de haberme encaprichado con alguien como una niña. Pero solo fue eso, un poco de orgullo herido, el justo y necesario para bajar a alguien de las nubes.

Lo cierto es que con el asunto de Roberto no perdí nada. Más bien gané su amistad, le ayudé en todo lo que estuvo en mis manos. Con el tiempo y tras conocernos mucho mejor, me di cuenta de que más tarde o temprano, lo suyo con su padre iba a tener solución. Ese era el principal problema que le afectaba. Porque el resto, aprender a vivir en una mierda de sociedad en la que poco podía mostrar su cariño en público a Ndeye, supo hacerlo. Vivir resignado duele, pero no mata. Vivir sin la palabra de un padre es respirar muerto.

Con la promesa de quedar una tarde para tomar café e ir de compras, le pedí por favor, zanjar el asunto para la eternidad. Siempre se lo agradeceré.

Por cierto, ¿sabéis qué me ocurrió tras todo aquel marrón? Me apunté a clases de zumba. Necesitaba ejercitarme y no se me ocurrió mejor idea que, con mi cuerpo arrítmico, matricularme.

Encendí el ordenador y tecleé en el buscador de internet: «Equipamiento deportivo mujer».

Clic.

CAPÍTULO 11

Empecé las clases de zumba antes de que la ropa deportiva que había pedido por internet me llegara. Me fastidió tener que asistir el primer día de clase con unos viejos pantalones de chándal de táctel. Sí, esos fluorescentes de los años noventa. Tras la primera sesión de ejercicio, más agobiada por el hecho del dantesco uniforme que por el trabajo físico en sí mismo, llegué a casa muy cansada. ¿Por qué me viene a la imagen a Jesús Gil haciendo deporte? ¿Cosas del inconsciente humano? Lo primero que hice fue deshacerme de la ropa. Me pegué una ducha rápida y, luego, me puse unos *leggings* muy cómodos. ¿Que por qué no me los llevé al gimnasio? Ese tipo de cosas que haces sin pensar y luego te das cuenta de lo estúpida que has sido.

Llamaron al portero automático. Por fin llegaba lo que había pedido por la red. Al poco rato, sonó el timbre de la puerta y abrí.

¡Cómo no! ¡Era él!

—No me extraña —musité.

Carlos sonrió y me tendió el paquete.

—Para la chica guapa —añadió.

—Déjate de tanta coña y dámelo —le dije de mala gana.

—¿Crees que me estoy quedando contigo? —me preguntó.

Lo miré de arriba abajo con desgana. Después chisté a ver si se daba por aludido y se marchaba de una vez.

—No deberías estar tan a la defensiva, Pepa —se quejó.

—Métete en tus asuntos —le recriminé.

Cogí el paquete y cerré la puerta. Antes de lo pensado volvió a sonar el timbre repetidamente, de forma muy molesta. Volví a abrir y allí permanecía él, impasible.

—¿Qué coño quieres?

—¿Sabes? El cartero siempre llama dos veces...

Si soy sincera, me hizo mucha gracia el tono que puso. En realidad, Carlos parecía un tipo interesante; por lo menos era bastante chistoso. Decidí seguirle el juego.

—Tú no eres de Correos.

—Demasiada gente opositando para pocas plazas. Además, si fuera de Correos no podría prestarte el servicio *premium*.

¿El capullo me estaba vacilando?

—Ve al grano, no tengo tiempo para tonterías.

Carlos echó mano a uno de los bolsillos de su chaqueta. Sacó un pequeño papel en el que

había anotado un teléfono móvil.

—Me gustaría quedar un día contigo —dijo sonriente.

—Creo que ya está bien de tanto cachondeo —le respondí intentando cerrar la puerta en sus narices.

—No, no... ¡Espera!

Puso el pie entre la puerta y el marco y lo chafé sin querer: «¡Mierda!», se quejó.

—Pepa, perdona si te he parecido que me estaba burlando de ti. De verdad, para nada ha sido mi intención.

Su argumento me pareció sincero, por lo que me quedé bastante asombrada con aquella declaración.

—Por favor, no quiero molestarte. Quédate con mi número de teléfono y, si algún día quieres, podemos quedar.

—¿Por qué? —fue una pregunta detonadora.

—Porque me gustas... —respondió.

Me quedé en blanco, sin saber qué decir. Él, ante el temor de que no me hubiera tomado a bien su declaración, se dio la vuelta y bajó a toda prisa por las escaleras, sin esperar al ascensor, por si sacaba el cuchillo y se lo clavaba en el pecho.

Mientras él huía a toda prisa por la escalera, todavía tuvo la osadía de gritar: «¡Pepa, llámame!».

La vida, en ocasiones, tiene esas circunstancias extrañas que se presentan de manera muy sorprendente. O quizá no sea eso y, simplemente, es que vivimos con una venda en los ojos. Sí, quizá sea esta última exposición lo más correcto para lo que me sucedió. Lo más fácil que podría haber hecho con el número de Carlos era romperlo en numerosos trozos y tirarlo a la basura; sin más, fuera complicaciones. Total, siempre creí que el cretino se burlaba de mí. Pero ¿sabéis? Tras un rato mirando la anotación, que tenía una caligrafía perfecta, pude aprenderme de memoria sus nueve dígitos. Después, guardé el papelito entre las páginas de uno de los libros de mi estantería, por aquello de salvar lo que yo consideraba una bonita evidencia de un *momentazo* realmente alucinante para mí. Jamás habría llegado a pensar que un hombre pudiera decirme a la cara que le gustaba, más si cabe en un lugar y momento extraño: el amor, desubicado y a deshora, siempre me ha resultado original, simpático y bello.

Tecleé en la agenda de mi móvil su número y almacené el contacto: Carlos Cretino; a pesar de todo, la primera imagen que se percibe de una persona es la que prevalece. No tardé en entrar al wasap y actualizar los datos de todos mis contactos. Allí apareció su fotografía: sonreía, vestía una camiseta que me pareció un poco estafalaria. Y pude escuchar un grito procedente de

su boca: «¡Pepa, llámame!». Reconozco que me pareció que estaba tremendamente guapo.

Al cabo de unos días, con mi cabeza sin dejar de pensar en Carlos, pero con la decisión de no enviarle ningún tipo de mensaje, recordé lo que escuché en La Perla del Caribe. Sí, la estrategia que contó aquella mujerona de que su vecina, que era amante del cartero, se enviaba a sí misma correos certificados para que el mensajero, tras tocar el timbre y que ella le abriera la puerta, acabara en su cama para meterle todo el lomo en caña que tenía en el paquete para ella. No fue muy difícil rememorarlos, porque ese tipo de cotilleos son los que se quedan en la memoria de una: por su ingenio y su gracia.

Necesitaba ver una vez más a Carlos para salir de dudas: si yo le parecía un chiste y se burlaba de mí cada vez que coincidíamos, o era cierto que le gustaba. Así que no se me ocurrió otra cosa que emular a la amante del cartero y, a mi modo, entré en internet y volví a pedir el mismo producto que la última vez, por aquello que no se escapara hasta el mínimo detalle y volverlo a ver. Reconozco que tengo TOC. Hice clic y unos nuevos pantalones de deporte, igualitos a los que compré días antes, estaban de camino a casa.

Nunca he estado tan pendiente de una compra y un reparto como ese, el número de envío 235.845; enviado por Larana Logistic; por el momento todo bien, porque ese expedidor era la compañía en la que trabajaba él. Las veinticuatro horas de entrega que me prometía la plataforma de reparto, aunque imprecisas en ocasiones, más todavía cuando era el propio Carlos quien me traía las compras a casa, se hicieron eternas. Estuve pendiente del móvil, de la evolución del envío del paquete. Cuando leí aquello de «Proceso de entrega», lo esperé sentada en una silla frente a la puerta, con mucho pensando y decidida a aclarar mis ideas de una vez. No, a esas alturas estaba dispuesta a salir de dudas de dos cosas. Primera, que se riera de mí, siempre en mi cara. Y la segunda, si era verdad aquello que me dijo que le gustaba, tampoco podía permitir perder el tiempo de tal manera... me fastidiaba reconocerlo, pero Carlos Cretino, mi último contacto de wasap, me molaba.

Sonó el portero automático y pegué un salto de la silla. Esperé de pie, impaciente, junto a la puerta. Los segundos no pasaban. Pensé en abrir y esperarlo fuera, pero me pareció demasiado violento, así que no pude más que tener paciencia. De lado a lado del recibidor, sin detener mi pensamiento, sonó el timbre de la puerta. Abrí tan rápido que el sonido no dejó de sonar.

Y, al final, la espera se convirtió en una mierda. Una repartidora de pelo pajizo me entregaba las mallas repetidas. Fue tan decepcionante, tan tonto por mi parte, que cuando la chica se marchó, cerré la puerta y me dejé caer en el suelo.

La cuestión, pese a mi tristeza, es que estaba decidida a que la cosa no podía seguir así. Me levanté con la misma fuerza que caí. Busqué el móvil y escribí un mensaje. Le eché un par de miradas antes de enviarlo.

«Estoy muy decepcionada contigo».

Después, sin esperar una milagrosa respuesta, lo guardé en el bolsillo y fui a la cocina. El hambre, por culpa de las penas, no se quema y ceba.

Sonó el móvil. Carlos Cretino respondió casi de inmediato.

«¿Quién eres? ¿Qué dices?».

Se me olvidó, él no tenía mi número. Así que fui clara y concisa.

«Soy Pepa. Hice un pedido y esperaba verte 😊».

En la pantalla del móvil aparecía que él estaba escribiendo, pero no llegaba ningún mensaje. ¿Estaba indeciso con su respuesta? Al cabo de unos minutos la recibí.

«El cartero nunca llama tres veces 😊😊😊💎💎».

¿Veis por qué era un cretino? ¿Se estaba riendo nuevamente de mí? No respondí...

Tras largo rato sin mirar el móvil, escuché una nueva notificación. Para la ocasión, el estúpido se había decidido por enviarme un audio. Quise hacerme la dura y no escucharlo, pero no tarde en decidirme y reproducir el mensaje:

«Hola, Pepa. ¿Qué tal? Me alegra que te hayas acordado de mí. Ojalá hubiera tenido el placer de acercarte yo mismo tu pedido, pero es que ya no trabajo de repartidor; ya sabes, curro mal pagado... De todos modos, si te apetece, me gustaría contártelo en persona. ¿Un café a las seis y media esta tarde, en el bar que hay enfrente de tu piso? No tengo nada mejor que hacer... me encantaría que quisieras quedar».

Una cosa que nunca me ha gustado de las redes virtuales es el tema de la mensajería. Muchas veces, cuando dos personas están chateando y no se conocen a la perfección, es imperceptible ese tono de ironía y humor negro que en ocasiones termina en disputas. Tras el audio de Carlos Cretino, hasta ese momento para mí lo seguía siendo, pero de una manera algo diferente, me alegró comprobar que sus previos mensajes simplemente se trataban de chanza. Y yo, sin responder a su misiva de voz con otro audio, por aquello de que no encontrara algo en mí que pudiera desagradarle, le dije que sí por escrito:

Sí, 💎💎 💎💎 💎💎 😊



🗑 Este mensaje fue eliminado



🗑 Este mensaje fue eliminado

Sorry, era esta 😊

CAPÍTULO 12

¡Por fin llegó el momento! Acudí a la cita alejada de protocolos, planes y demás historias. Un poco nerviosa, todo sea dicho, pero vamos, lo justo y necesario cuando quedas con alguien que no conoces y te ha dicho que le gustas. Además, antes de salir, la chica del espejo me dio un consejo muy importante. Mi reflejo susurró aquello de «Sé tú misma, no necesitas más». Y, sin apenas pintarme, con dos *chuf* de perfume, vestida con unos *jeans* ajustados y una bonita blusa, bajé al bar donde habíamos quedado.

El lugar estaba ubicado justo frente a mi portal. No era un sitio que me gustase frecuentar. No es que hubiera mala gente, sino por la ubicación. La terraza, fabricada con cuatro chapas y algunas maderas, estaba muy próxima a la calzada, justo en un sitio de difícil visibilidad. Pero bueno, para la ocasión no me importó, así que crucé el paso de peatones. Anduve unos veinte metros y me alegró verlo allí, sentado. A pesar de haber quedado con él justo delante de mi piso, llegué unos minutos tarde. A Carlos pareció no importarle, permanecía en la silla, mientras sus piernas, agitadas, parecían dos extremidades robóticas movidas por el nerviosismo.

Alzó la cabeza. Me vio y sonrió. Se levantó enseguida y apartó la incómoda silla de metal para que pudiera sentarme. «Gracias», le dije. Después, tomó su sitio y quedamos cara a cara.

Me decidí:

—¿Sabes que la primera vez que nos vimos me pareciste un cretino?

—Bonita manera de empezar una charla —se defendió con un gesto simpático y alegre.

Pedí al camarero una cerveza fría. Él, que ya había consumido un zumo de naranja mientras me esperaba, pidió lo mismo que yo. Antes de que llegaran las guerreras, intentamos abrir una conversación que parecía un poco tosca al principio. Decidida, llevé la iniciativa:

—No te lo tomes así, dije que me lo pareció.

—¿Y la segunda vez? —quiso saber.

—Mitad de cretino.

—Seguro que en tu móvil me has guardado así, como Cretino, Cara Cretino... o algo de ese estilo. No me importa, estás aquí.

No pude evitar desternillarme, había dado en el clavo. Me sentí genial con lo que acababa de decir. En realidad, nunca me fijé en el atractivo que poco a poco vislumbraba en él.

—Mira qué bien... entonces he evolucionado como los monos, a la tercera vez seré ya casi un hombre —se hizo el gracioso.

Nos sirvieron las cervezas y alcé mi botellín. Normalmente solía servirme en la copa,

pero en esa ocasión, decidida y juguetona, bebí directamente del tercio. Él, acto seguido, me imitó. Noté la bebida refrescante bajar por mi garganta y, con el trago medido, dejé la cerveza en la mesa.

Reconozco que fue un rato eterno en el que ninguno de los dos habló. Quise llevar la iniciativa en todo momento, pero me resultó imposible hacer o decir nada. Atisé en él por primera vez un gesto incómodo. Supuse que estaba cortado con la situación. Al final, se envalentonó y disparó a bocajarro.

—¿Sabes...? —no pudo terminar la frase, creo que le faltó empuje.

—No, no lo sé... todavía no me he sacado el título de adivina.

Quise decirlo de forma graciosa, pero sonó más bien algo borde, porque una vez más Carlos se puso a la defensiva.

—Igual no ha sido buena idea. —Hizo un ademán de levantarse.

—¡No me vengas con esas chorradas! ¿No querías quedar conmigo? ¿Te estás riendo nuevamente de mí?

Demostre mi indignación. Él no tardó nada en defender su postura y tranquilizarme.

—¡Para nada! ¡No es así! Y, sí... me apetecía un montón esta cita.

La palabra cita, qué bien suena.

—¿Entonces? ¿Qué te ocurre?

—Pues que me intimidas.

No pude evitar reírme interiormente. ¿Cómo podía yo intimidar a un cretino como Carlos? Desde el minuto uno siempre me pareció un tío con las ideas bien colocadas. Esa confesión y notarlo como un mini yorkshire indefenso, me causó tanta gracia, que no tardó en vislumbrarse en mi cara.

—¿Te parezco una loba? —inquirí.

—¡No! ¡No te tengo miedo!

Solté una carcajada.

—¿Entonces? —Yo necesitaba una respuesta.

—Pues no soy un tipo que suela hacer ni decir estas cosas.

—Carlos, esto está tomando cariz de telenovela turca. La cerveza, fresquita, es agradable... tu compañía también, pero coño: ¡ve al grano!

—¡Me gustas! —gritó.

Las mesas de alrededor lo escucharon. Por su culpa nos convertimos en un cutre teatrillo de calle. Él, molesto a la vez que incómodo, se volvió hacia el público y los calló con cierta mala leche: «¡Vale! ¡Vale! La función ya ha terminado. No olviden de echarnos sus monedas».

Me reí. Él transformó su molestia en cierta alegría al verme feliz. Se contagió.

—Me he equivocado —le dije.

Se encogió de hombros sin saber a qué me estaba refiriendo. No tardé en sacarlo de dudas.

Cogí mi cerveza y la bebí.

—Sí, soy una loba...

Tras mi confesión y sin que él llegara a decir nada, pegó un trago de su botellín más largo que el mío. Cuando terminó, me miró directamente a los ojos.

—Caperucito, ¿vamos a casa? —lo reté.

Me levanté y él hizo lo mismo. Nos acercamos a la barra para pagar. Él me agarró por la cintura y me apartó para invitarme. Su contacto me resultó electrizante, tanto, que pasé mis brazos por su cintura y notó el magnetismo que se estaba despertando dentro de mi ser. Desprendía un olor agradable, a limpio. Su aroma se negó a abandonarme hasta que regresamos a la calle.

Fuera, apartados de la terraza y sin gente alrededor, quedamos uno frente al otro. Yo no soy una mujer bajita y, pese a ello, Carlos me sacaba casi una cabeza. Si hubiera sido al contrario, en cierto sentido lo hubiera tenido más fácil para lanzarme a besarlo; me tocó currármelo. Mi sonrisa le pidió que me besara. Lo hizo justo cuando mi cuerpo se topó con el suyo. Sus labios bajaron hasta mí y jugó muy lentamente conmigo. Al rato me despegué y, tirando de él, lo llevé hasta mi apartamento.

El silencio de mi habitación quedó irrumpido por un sonoro grito.

«¡Oh! ¡Joao!» —exclamé para mí misma, con asombro.

No tardé en descubrir el interesante físico que habitaba tras la ropa de Carlos. Ese magnetismo que poco antes nos atrajo y llevó a desnudarnos el uno al otro, me sirvió para manifestar que tras el calzoncillo de mi repartidor existía un enorme y desproporcionado miembro viril. Joao, el senegalés, no tenía nada que reprochar al mango *Made in Spain* que Carlos, picha manchega de nacimiento, lucía todavía sin sobredimensionar ante mi mirada.

Si os soy sincera, no esperé que aquella primera cita hubiera terminado de tal manera, entre sexo sincero, del bueno. Hubo un precalentamiento en toda regla, con caricias resbalándose entre uno y otro bando. Palpando las zonas más bellas, las más pícaras e intangibles a primera vista. Todo entre risas y jadeos que aumentaron de magnitud al ir perdiendo tela de por medio. Yo exhibí mi pálida desnudez ante la gula de él. Le gustaron mis pechos sonrosados. Hendió su lengua en mis aureolas mientras buscaba un punto cortante y erecto donde morder. No tardó en hallarlos, porque mis pezones le marcaron el camino desde el mismo instante en que deslizó mis bragas por las piernas. Y yo, que en un principio perdí mis caricias en el vello de su duro pecho, no pude evitar apartar la vista de su enorme pene. Carlos, que por un momento olvidó sus jadeos

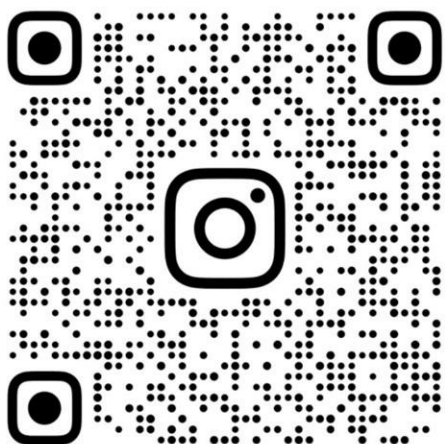
placenteros por unas hondas risas, se apartó unos centímetros de mí. Me miró desde la distancia. Su belleza, a esas alturas enorme y convertida en una pértiga, me daba a entender que aquello no era más que el principio de algo más profundo y duradero. Y por aprovechar el momento y que no se escapara el tiempo sin más, le pedí que se acercara a mí. Lo hizo, se echó encima de mí y me besó. Después, sin peticiones mutuas, me hizo suya penetrándome con delicadeza. La misma que la de un artista de vidrio cincelandó un jarrón. Con toda su dimensión, me eclipsó en un instante en el que no pude pensar, sino desear que ese momento perdurara por siempre. Porque desde el mismo instante en el que caía en la cama junto a él, vi por primera vez en mucho tiempo, un cosmos real repleto de universos, estrellas y amor... sobre todo amor.

Tras compartir tarde y noche con varios orgasmos, al día siguiente, me alegré de comprobar que, a partir de ese momento, al otro lado de la cama siempre habría vida junto a mí, siempre teñida con la belleza de las arrugas en las sábanas calientes.

El hecho de descubrirme y querer perseguir un sueño por aquello de sentirme viva, hizo que mi verdadero miedo, la soledad, fuera un temor infundado. La amistad, el sexo y el amor se convirtieron en un medio para llegar a tal fin. La vida, sin anhelos, no es más que un automatismo matemático con cuenta regresiva.

Chicas, sabed que toda paja hace granero.

FIN



OHJOAO.BOOK

A MODO DE EPÍLOGO PERSONAL

Conocí a Joao sin piernas. Así, como un desmembrado que regresa al cuartel tras la batalla. No, no os asustéis, porque si habéis llegado hasta esta página del relato, sabréis a lo que me refiero. Es cierto que en la cabeza tenía una idea preconcebida para esta novela, pero fue justo tras conocer a Joao cuando logré hilvanar todas las piezas; a estas alturas también seréis conocedores de que el senegalés, pese a su apariencia, no ha resultado un personaje nada plano. Es aquí, justo al final de su historia, cuando quiero reflejar un comentario póstumo, aparte de agradecer a todas las personas que, de una manera u otra, me han ayudado a dar rienda suelta a esta aventura; lo he disfrutado mucho. Vaya por delante decir que todo esto ha sido un simulacro para sobrevivir a esta sociedad, espero que nadie se haya sentido ofendido, ni por el lenguaje utilizado ni por el contenido. Lo que he querido transmitir en esta obra (permitidme llamarla así) es que solo poseemos una vida, que todos tenemos derecho a vivirla con nuestros anhelos, despreocupándose por los dimes y diretes del resto. Y os preguntaréis, ¿acaso Joao es un psicólogo? En cierto sentido, lo es. Cuando me tropecé con él (tal cual por sus dimensiones), fue en una reunión que Amelia (Unaria ediciones) coordinó junto a Ana (Sexualitat), en una charla sobre literatura y erotismo. Y de ahí, de una enorme maleta, en plan muñeca rusa, empezaron a salir dildos de diferentes tamaños... y, entonces, llegó Joao.

Debo decir que fue un encuentro interesante. No solo para mí, en la que fui el único hombre, sino porque el resto de asistentes lo pasaron divinamente bien; todos y cada uno de los

productos desfilaron por nuestras manos. Algunos de manera pasiva. Otros, de manera oscilante, amenazando con escaparse y adentrarse en cualquier cavidad. Sí, las caras, las risitas con y sin pudor, los chistes y demás, se convirtieron en el pilar fundamental del relato que acabas de leer.

Cuando terminé de escribir la novela y, repaso tras repaso, llegó mi vergüenza. ¿De verdad merecía publicar la historia? Aunque a mí, personalmente me divertía y pensaba hacerlo, mi otro yo más recatado me decía que no. Entonces necesité ayuda externa; ya no solo por aquello de haberme atrevido a adentrarme en primera persona en la piel del género opuesto, sino para saber si había sido capaz de transmitir el mensaje principal de la historia. Deb me dijo que era una obra arriesgada, dada la hipersensibilidad de estos tiempos; le di la razón y dejé el manuscrito en el cajón. Al tiempo, envalentonado, decidí darle un nuevo repaso y, una vez más, pedí ayuda a una lectora cero. Emma llegó para perfilar la historia que ahora tienes en tus manos, para hacerme ver que todos los personajes de Joao son de carne y hueso, como cualquiera de nosotros. Que la vida es así, ridícula, que había sabido plasmar la verdad dentro de una ficción desternillante, por lo que me sugirió que me pusiera el yelmo y tirara hacia adelante. ¡Gracias a todos!

Y aquí, ahora, para despedirme, solo me queda agradecerlos por haber leído la historia. Espero que hayáis podido reír. Al fin y al cabo, la vida se trata de eso. De que, a pesar de tropezar dos veces con la misma piedra y duela, hay que aprender de ello para no perder los sueños. Porque tened en cuenta una cosa, a estas alturas del siglo XXI, el cartero ya no llama dos veces y podemos perder la oportunidad.

JAVIER GARCÍA